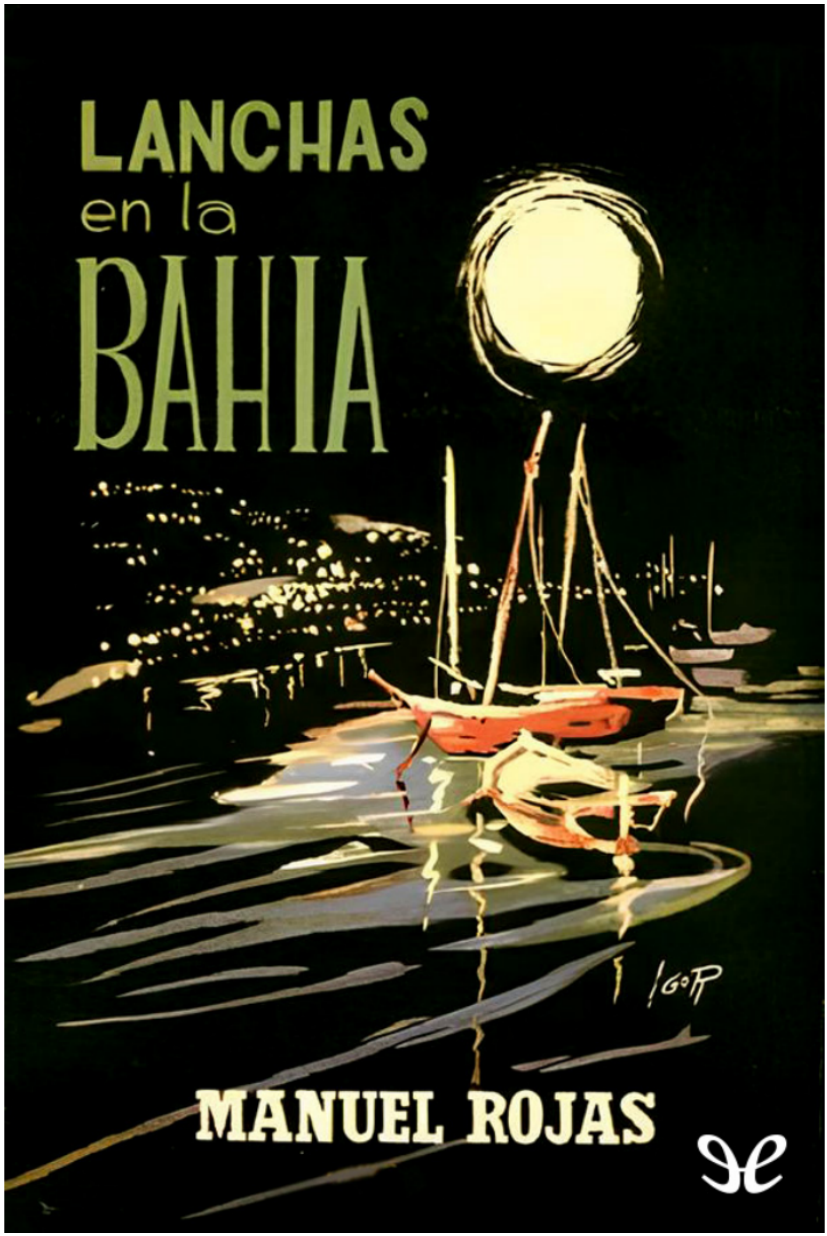
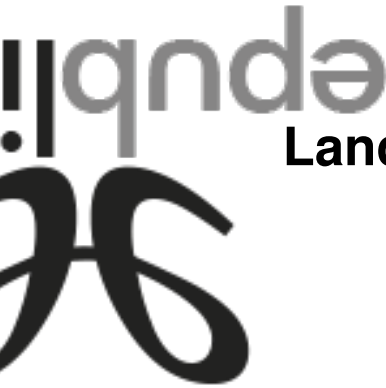
LANCHAS en la BAHIA



MANUEL ROJAS

Un adolescente que deberá aceptar su nueva vida en Valparaíso a base de esfuerzos dolorosos. Conocerá lo agridulce de la vida: la pobreza, la cesantía, el delirio del amor, la cárcel, el obligado deambular por otros trabajos y la perfecta soledad. Obra emblemática de la literatura chilena.



Manuel Rojas

Lanchas en la bahía

ePub r1.0
Titivillus 05.06.2024

Título original: *Lanchas en la bahía*
Manuel Rojas, 1932
Retoque de cubierta: Titivillus
Prólogo: Hernán Díaz Arrieta & Juan Antonio Massone
Ilustraciones: Marta Carrasco

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Prólogo

Por Alone, escrito para la primera edición en 1932

Cuando Maupassant fue presentado a Lemaître, el crítico de «Los Contemporáneos» lo miró, lo vio ancho, macizo, colorado, hallole facha de atleta, lleno de una robusta salud normanda, y se dijo: «¡Hura!, tendrás que aguardar para que te lea». Efectivamente, pasó mucho tiempo sin abrir sus libros; no se resolvió a leerlos sino cuando la fama lo obligó imperiosamente. Hubo entonces de confesar su error: «Yo era estúpido —escribe—. Tenía mis ideas sobre el físico de los autores»…

El que juzgara a Manuel Rojas por las apariencias se vería expuesto, con mayor peligro, a una equivocación.

Su figura sugiere menos la del artista típico que la de Maupassant, mientras sus obras responden mejor a la imagen de la poesía fina, hecha de fantasía sensible, sobre una base de observación. Es grande, casi gigantesco, y desde su cabeza morena baja la mirada de unos ojillos apacibles que se dirían lentos, como su palabra, como sus ademanes. Lentos y apacibles. Da la impresión de una sólida masa, segura de sí misma y recogida. Oye con cierta especie de benévola distracción y no revela ninguna inquietud. Parece que, si uno lo dejara, podría estar muchas horas en silencio, impregnado en esa indiferencia de los fuertes para cuanto sucede en torno.

Su preparación, el tiempo que estuvo en el colegio, el medio ambiente por él respirado durante su primera juventud, tampoco se dirían los más a propósito para formar a un artista, pero ni siquiera un escritor. No alcanzó a estudiar humanidades. Llegó solo, en un establecimiento de instrucción de Buenos Aires (es hijo de chilenos, nacido en 1896 en la capital argentina), hasta la cuarta

preparatoria. La pobreza lo hizo trabajar pronto en tareas rudas y a los dieciséis años ayudaba a un maestro de obras en plena cordillera, hacía hoyos con sus manos, sujetaba postes de madera que era preciso clavar. Esto ocurría en la estación Las Cuevas, por donde va el ferrocarril transandino. Durante sus bajadas a Mendoza empezó a aficionarse a leer: un amigo tipógrafo le prestó libros revolucionarios y se hizo anarquista. Durante algún tiempo mandó correspondencia a un diario anarquista de Buenos Aires y ensayó escribir novelas. La falta de escrúpulos literarios le permitía una gran facilidad, que con el tiempo, felizmente, ha perdido. Todo aquello producía poco y la vida andariega y la necesidad de ganársela lo trajeron a la tierra de sus padres; en la bahía de Valparaíso fue cargador de lanchas y guardián nocturno, conoció a fondo el esfuerzo para librarse de la miseria, tuvo trato con toda clase de gente proletaria.

Pues bien, de toda esta combinación no ha resultado, como parecía lógico, ni un obrero más, huelguista y rebelde, luchador por «las reivindicaciones del pueblo», ni un panfletista admirador de Gorki o un narrador turbio de historias truculentas, a base melodramática, con pretensiones
ideológico-sociales.
Nada de eso. Como para burlarse de los teorizantes literarios y dar un mentís a los psicólogos, la naturaleza ha hecho de Manuel Rojas, en primer lugar, un poeta de la más delicada, de la más exquisita sensibilidad, y luego un autor de cuentos y novelas, donde la ternura se apaga en ironía y la observación aguda, tranquila, se prolonga en imaginaciones llenas de gracia. Todavía más, por obra del invisible principio interior del alma misteriosa y omnipotente, no sujeta a leyes conocidas, este hombre, aparentemente condenado a la tosquedad de las formas, ha seguido una línea progresiva de sutil refinamiento y se ha hecho estilista, o ha logrado ese supremo milagro de la prosa: el equilibrio, la ausencia de extremos, la disimulación del arte por la perfecta y sencilla naturalidad.

Recordábamos a Maupassant.

Como él, parte Manuel Rojas de la observación directa y es profundamente real, sincero y simple en su visión; no la deforma demasiado ni exagera nunca. Pero —por algo hay entre ellos cuarenta años de distancia— aguza más la nota y elabora la imagen

del mundo, se desprende con mayor livianura del suelo en que el otro plantaba sus pies algo pesadamente. Claro que no pretendemos comparar la valía de ambas obras y guardamos siempre las proporciones entre Chile y Francia: queremos únicamente indicar el ligero matiz que los aparta y hace de ellos dos escritores pertenecientes a la misma especie, aunque de familia distinta. Manuel Rojas, con menor peso específico, tiende mejor hacia la poesía y la alcanza. El otro lo vence, tanto por el volumen como por la inmensa diversidad de tipos y el relieve extraordinario con que los pintó. ¿Acaso podemos pretender otra cosa que ensayar aquí en esbozo lo que allá se realiza con toda plenitud? Ya es mucho poder presentar algunos puntos de contacto con nuestro semejante.

Considerándolo siempre dentro de lo que en estas tierras suele producirse, Manuel Rojas ofrece otra característica notable: no se juzga a sí mismo definitivamente consagrado, no se admira incondicionalmente y trabaja, estudia, lee, amplía sin cesar el circulo de sus luces sobre el mundo, corrige y vuelve a corregir, siempre insatisfecho, y de este modo avanza un paso o muchos pasos a cada nueva obra.

La última, estas «Lanchas en la Bahía», nos produce el deleite de la producción madura.

La invención no desempeña gran papel en su trama y no hace falta. El personaje nos interesa porque lo sentimos verdadero y nuestra vida se transfunde fácilmente a la suya. Lo vemos, lo tocamos, sus estados de ánimo se nos comunican y salimos de nuestro pequeño yo casero. Vamos con él por las calles de Valparaíso y asistimos a todos los espectáculos que presencia. Un pobre hombre de buen corazón nos protege; otro, colosal, alegre, devorador, nos lleva por ciertas callejuelas, cierta noche. ¡Y qué fiesta aquella, qué ensordecedores cantos entre esas mujeres! Hemos estado en sitios harto peligrosos, entre criminales y prostitutas. Nada nos ha sucedido. Hemos amado, hemos sufrido, hemos gozado con sensaciones finas y con groserías. Todo se transmutó para nosotros, mediante el arte, sin perder su esencia. Descubrimos ruidos nuevos, sentimos sonar de otro modo las carretelas madrugadoras por el pavimento, y las casas colgantes de los cerros se nos aparecieron distintas, aunque reconocibles. Pasamos noches de sueño en medio del mar, temblamos ante una aparición nocturna

que también temblaba; y sonreímos de nosotros, porque éramos a un tiempo escenario, personajes y contempladores, más que desdoblados, triplicados, multiplicados.

¿Qué vendría a hacer aquí la intriga aventurera, la complicación emocionante, la situación tremebunda? Todos son recursos para el que no puede conmovernos con la sencillez, gritos del que ignora la música justa y el acento penetrante. Manuel Rojas no necesita nada de eso, porque es poeta y tiene buen gusto. Las cosas que dice le pueden haber sucedido a cualquiera y casi con seguridad son las mismas que a él le acontecieron. Si nos las contaran con otras palabras, probablemente nos aburriríamos. La poesía no admite resumen ni traducción. Consiste en una fórmula mágica, en un ritmo. No es anécdota. Es como un encantamiento lleno de misterio, una obra de seducción íntima donde no puede señalarse la línea en que la verdad empieza a agitar las alas y en que la fantasía, recogido el plumaje, posa de nuevo, delicadamente, los pies sobre la tierra. Vacilación imperceptible que presta al mundo el aspecto de un sueño verdadero. Nada de eso se explica ni se sabe; únicamente reconocemos, después de haber leído, que el mundo encierra más secretos de los que dice la filosofía y que nunca debemos creer que se han agotado los manantiales.

Desesperábase Lemaître con la perfección algo cuadrada de Maupassant, ese «narrador vigoroso y sin defectos que produce obras maestras como los manzanos de Normandía dan manzanas». Para un crítico es un escollo una obra sin defectos. El critico necesita caracterizar y ¿cómo hacerlo sin el relieve de altos y bajos, luces y sombras? Los caricaturistas abominan de las cabezas clásicas.

Le hemos buscado insistentemente, malévolamente, la «juntura de la coraza» a esta pequeña novela de Manuel Rojas, tan abierta al parecer y tan sin armadura.

No se la descubrimos.

Otro, un lector, aunque entusiasmado, nos dice:

—Muy interesante, muy bien escrita… Le falta trascendencia…

Cierto.

Y esa constituye para nosotros una de sus más amables cualidades.

PRÓLOGO

1. LA BAHÍA: UN PRINCIPIO INESPERADO.

Los hechos, la necesidad, el conjunto de azares y la cifra más secreta de la persona convergen en alguien con la exactitud de provocarle algo más que una anécdota para el recuerdo. Es el instante de un profundo desprendimiento: la niñez mirada desde otra ribera, concebida desde ese momento como algo en lo que ya no se está, porque la vida sacude sus costumbres de durar, para que al hombre no se le olvide su carácter de peregrino. Un niño ha dejado de ser. Ensueño, juego, seguridad del mundo van trocándose en cierta angustia, severo trabajo y descubrimiento de la desarmonía total de la realidad. El cielo se ha endurecido y solo sabe llover con una tristeza contagiosa de lo más tremendo. Desde ahora todo sucede impasible, indiferente a la voluntad de quien era hasta entonces alguien con experiencia de ofrecimientos y esperanzas.

Pero la adolescencia, aquella etapa de brusquedad inmoderada, esos años tristes en que se ríe a carcajadas de disimulo para no tener que fijarse demasiado en la diferencia que va entre el deseo y el ser, entre lo amado y lo vivido, entre lo que se dice y lo qué se hace, tiene todas las características de un puente colgante: intermedio entre el cielo y el abismo, suspenso de haber sido y aún no poder la experiencia de la tierra firme, mediodía del existir, indecisión de pasos porque el camino entero ondula y se conmueve.

Por entonces aparece Eugenio, protagonista de esta novela de nuestro Manuel Rojas, publicada por vez primera el año 1932 y reeditada continuamente. Eugenio es un aprendiz de la vida, un reciente trabajador que habrá de irse habituando a los avatares que hombres, sitios, ocasiones y aventuras se le apeguen con voces

desaliñadas no menos que golpeadoras. Este adolescente deberá aceptar la nueva vida q base de esfuerzos dolorosos e ímprobos, pues toda ocasión que le advenga exigirá de él conductas inhabituales, excesos de reciedumbre para los que todavía no saben la medida de sus propios talentos.

En efecto, la novela se inicia en la concisión de un diálogo perentorio:

«—Cuidado.

»—Mucho ojo y no dormirse.

»—Hasta mañana».

Para Eugenio han cesado ya el suave dormir y la confiada entrega a lo, hasta entonces, natural para él: el orden y distribución de los actos de su vida según acuerdo perfecto a las horas de cada día. El mundo diurno clausura su vigencia para exigir de él toda su capacidad de vigilante nocturno. Las condiciones de este su primer trabajo no conceden dilación de temporada que acostumbre.

Pero el vigilar supone gran concentración en lo que otros hagan o pretendan. Los faluchos silenciosos de los contrabandistas pueden ser un inesperado revólver, el tajo profundo y artero, la inmersión para quien ha osado oponérseles. Es decir, Eugenio comienza a experimentar no solamente el sentimiento de una vida distinta, sino el agolpársele intensamente un oscuro presentimiento: poder morir por imprudencia, poder morir por codicia ajena. Por entonces se hace evidente uno de los aciertos más importantes de esta novela: la confluencia y equilibrio entre el mundo interior y el ámbito de acción voluntariosa de los otros. Dentro y fuera en este adolescente impedido al conocimiento de tantas cosas; monólogo y conversación; silencio y bullicio, según vaya creciendo, según le sea menester vivir enfrentamientos tan dispares.

Luego sabrá de lo agridulce de la vida: pobreza, cesantía, delirio afectivo que le romperá el ímpetu redentor, la cárcel, el obligado deambular por otras labores y la perfecta soledad amoldándosele como un traje de hombre inexperto. Todo eso y mucho más en la sensibilidad de quien debe trascenderse.

Pero no se crea en la inexistencia de aspectos tristes únicamente. Manuel Rojas supo equilibrar también la hosca prontitud de los dolores con el mantenimiento de la dignidad de este nuevo hombre; no dejó que se le amputara de toda ilusión, al menos del

conocimiento de amistades verdaderas, y entregó a un ser muy humanó en la peripecia permanente de lo que es encuentro del hombre con su destino, para hacerlo atravesar aquel puente colgante de que hablábamos más arriba. Eugenio va haciéndose hombre junto a otros que ya lo son. Su humanidad nunca está desamparada por completo, porqué siempre existe alguien, aunque sea solo para asentar la mano sobre su hombro, siempre un amigo, un gesto, la ocasión futura que se desea compartir para comenzar de nuevo. En este sentido, Eugenio no es nunca un derrotado, sino un ser conmovido que habrá de sobreponerse porque lo experimentado durante un tiempo no agota todo el tiempo ni la fuerza de querer vivir.

«Sesenta días más tarde, al finalizar ya el sexagésimo, el cabo de guardia de la Sección de Detenidos abrió la puerta para dejarme en libertad.

»—Mucho cuidado en volver por acá…

»—Con una vez basta, cabito…

»Salía de la prisión delgado, con una delgadez de animal sano. Llevaba un atadito de ropas bajo el brazo. Caminé, al principio un poco desorientado, mirando en él cruce de las calles hacia un lado y otro, como si dudara qué camino tomar; pero de improviso apareció en mi memoria el orden de la ciudad y anduve ya sin vacilación alguna. ¿Por qué no habría venido Rucio a esperarme? Los dos lancheros me visitaron cada domingo, llevándome ropa limpia, café, azúcar y cigarrillos, pues la cárcel me enseñó a fumar, y diarios y revistas. Miguel me visitó una vez, y Yolanda fue también dos veces; no hizo otra cosa que llorar…».

En fin, con algún gesto de silencio comprensivo, Eugenio se habrá percatado de las dimensiones y matices de su nueva edad. El trabajo aprendido a través de peripecias apenas insinuadas aquí, el conocimiento de los demás, las respuestas interiores ante lo adverso, en una palabra, su hombría de juventud recién aprendida ocasionan en él un nuevo partir. Nada le ha sido en vano, porque cada una de las vicisitudes experimentadas le han conferido la afirmación de un vivir que le estira cualquier inclinación a quedarse, a dejarse vencer, a dimitir de sí mismo.

2. Personaje, ambiente y tiempo.

Personaje, ambiente y tiempo, las tres claves fundamentales de los modos narrativos se hermanan en una visión poética, verosímil y limpia. Nuestro autor no se complace en dejarnos en la estacada de mundos donde lo burdo y grotesco tienen demasiada existencia; por el contrario, mediante un tono sentimental y profundamente humano sabe contarnos sin invención artificiosa. *Lanchas en la bahía* convence justamente por eso: su evidente simpleza —no simplismo— con que lo humano se yergue conmovedor, a pesar de todo.

¿Por qué una novela tan breve y publicada hace ya tanto sabe de una perduración tan hondamente sentida? ¿Porqué lo contado en sus páginas no conoce el abandono de la moda, ni le hace falta tampoco una publicidad muchas veces engañosa?

La respuesta para tales interrogantes hay que desprenderla siempre del mismo principio, aquel que señalaba Schelling: «Hay escritores que tienen algo que decir y otros que quieren decir algo». Manuel Rojas, hombre de versatilidad de oficios y desventuras, no necesitó investirse de vanilocuencia, de jugarretas por impotencia de verdades humanas o de expedientes pretenciosos, que en uno y otro caso provoca siempre un alejamiento de la fuente de sinceridad reveladora que debe tener una obra literaria.

El mundo aquí narrado es fruto de conocimiento directo —en el caso de Manuel Rojas por haber sido una de las tantas labores desempeñadas en su vida—, de virtualidad que no desestima otras condiciones existentes según sean las de los lectores. Todo lo contrario, los sentimientos de tristeza, de decepción, de agobio material, las condiciones de quien va trasladándose de un estado a otro de su vida, las experiencias nuevas y la repercusión que motivan, todo ello uno lo siente como propio. ¿No será esta manera de encuentro una de las más imperecederas?

3. Una inquieta travesía.

Las obras quedan, sus autores pasan con el tiempo que sabe conferir olvido a quienes hicieron buena parte de nuestra conciencia nacional. Siempre es lo mismo. De tanto en tanto debemos volver a empezar con los que llegan al mundo del silencioso y deslumbrante acto de leer en otros no solo lo vivido en

la estrecheza de alguna experiencia concreta, sino en la apertura de lo posible, del mundo como virtualidad no menos que de extrañeza perturbadora o alucinante. Por todo ello, se hace necesario volver a presentar a quien ostenta hasta hoy un sitio preferente entre los mejores novelistas chilenos de todos los tiempos.

Manuel Rojas nació en un barrio de Buenos Aires el año 1896, de padres chilenos. Solo a los 17 años conoció nuestro país. Él mismo nos recuerda sus primeros años:

«De aquella época de mi vida ningún recuerdo se destaca tan nítidamente en mi memoria y con tantos relieves como en el de aquel hombre que encontré en mis correrías por el mundo, mientras hacía mi aprendizaje de hombre.

»Hace ya muchos años. Al terminar febrero había vuelto del campo, donde trabajaba en la cosecha de uva. Vivía en Mendoza; como mis recuerdos dependían de mi trabajo y este me faltaba, me dediqué a buscarlo. Con un chileno que volvía conmigo recorrimos las obras de construcción, ofreciéndonos como peones. Pero nos rechazaban en todas partes. Por fin alguien nos dio la noticia de que un inglés andaba contratando gente para llevarla a Las Cuevas, en donde estaban levantando unos túneles. Fuimos. Mi compañero fue aceptado enseguida. Yo, en ese entonces, era un muchacho de 17 años, alto, esmirriado, y con aspecto de débil, lo cual no agradó mucho al inglés. Me miró de arriba abajo y me preguntó:

»—¿Usted es bueno para trabajar?

»—Sí —le respondí—. Soy chileno».

He aquí el primer esbozo de lo que iba a ser una vida francamente novelesca, pues desde entonces conocería la aventura y desventura de la pobreza, de la inseguridad de los empleos, de los fracasos de muchos de sus trabajos, por ejemplo las compañías teatrales en las que trabajó como apuntador o consueta, sus luchas sociales e ideológicas, los avatares de sus publicaciones, sus lecturas a marcha forzada para compensar la falta de instrucción ordenada y coherente. Finalmente, de una enfermedad que debió sufrir en una curiosa indigencia, porque sus parientes tuvieron que tramitar, sin alcanzar fortuna en ello, diversos papeleos que probaran quién era Manuel Rojas y que acreditase la obtención del Premio Nacional de Literatura el año 1957, para serles posible cobrar pensión necesaria para sostener los gastos de la enfermedad. Su muerte coincidió con

la de otro gran escritor chileno: Benjamín Subercaseaux, el 11 de marzo de 1973.

Pero lo verdaderamente imperecedero de su vida, son sus numerosos libros. Novelas, cuentos, ensayos y poemas conforman su presencia concreta e incitadora. Entre las primeras destacan, con singular importancia: *Hijo de ladrón* (1951), primera obra de una cuatrilogía formada por *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1970); *Lanchas en la bahía* (1932); *La ciudad de los césares* (1936); *Punta de rieles* (1960), y varias más. De sus relatos más breves, son siempre atrayentes los incluidos en sus libros *El delincuente* (1929) y *Hombres del Sur* (1926). Sus demás producciones llevan siempre un sello de sinceridad poética, tales como sus libros de poemas: *Deshecha rosa* (1954) y *Tonada del transeúnte* (1927). Lo mismo podemos decir de su constante preocupación por la obra ajena, representada por estudios, recopilaciones y prólogos.

Sí, como lo dice un personaje de esta novela: «Uno sufre cuando las cosas suceden o van a suceder; pero cuando han sucedido siempre o hace tiempo que sucedieron…», entonces uno se entera de que está vivo, quizás más vivo aún que antes; y en esa hora de quiebre de la costumbre de la vida infantil y adolescente, existe algo que nos lleva a encarar otra vez nuestra ocasión de vivir. Y en medio de la vicisitud, de pronto no hallamos leyendo un libro como este, y entonces comprendemos que el rostro que nos mira en el reflejo es el nuestro por obra y humanidad de otro ser que no conocimos, pero que es capaz de comunicarnos su experiencia de la vida.

JUAN ANTONIO MASSONE

1

—Cuidado.

—Mucho ojo y no dormirse.

—Hasta mañana.

Estaba de pie en la borda de la gasolinera, apoyadas las manos en la baranda del falucho, y en el instante en que la ola unía los flancos de las embarcaciones hice una enérgica flexión, me levanté en el aire y caí en puntillas sobre la cubierta baja. Desde allí hice un ademán de saludo a los compañeros.

—Guarda con la fondeada.

—¡Tiro y tiro!

El motor resopló como lobo que sale a flote, giró la hélice y la lancha desatracó a cabezadas. La seguí con la vista. A medida que se alejaba, los rostros de los hombres se borraron, se oscurecieron, se hicieron lisos, planos, como discos de madera, hasta desaparecer. Enderecé el cuerpo y eché una mirada alrededor. Era el mismo falucho de las noches anteriores, embarcación de hierro, adusta, sujeta por cadenas a las panzudas boyas. Caminé por la orilla hacia la popa, dejé la manta y el revólver junto a la escotilla y examiné los sellos que atestiguaban la integridad de la carga; estaban intactos. Un salto me izó sobre la cubierta superior, revestida de tela embreada, que servía de tapa a la escotilla central; paseé por ella un breve momento. Mientras lo hacía pensé que no tenía más que romper un sello, correr una barra, levantar la tela y alzar una tabla, para que mis manos se hundieran, como las de un avaro, en las piezas de seda estibadas en la metálica panza. Un grito interrumpió mis pensamientos. A cincuenta metros, desde la cubierta de otro falucho, un hombre saludaba agitando los brazos. Contesté con un gesto y un grito:

—¡Eh!

Diez faluchos de la Casa B & Co. flotaban en fila frente al malecón y en cada uno había a esa hora un hombre, que, como yo, debería pasar la noche con los ojos abiertos. La consigna era: vigilar y no dormirse, bajo amenaza de ser fondeado por los piratas o despedido del empleo. Cumpliendo la consigna pasé la primera noche sentado en el bordé de la escotilla de popa, los pies en los peldaños de la escalera, inmóvil el cuerpo y la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con los ojos cómo los de un lagarto, duros de sueño, e inquieto, irguiéndome al escuchar el más leve rumor, los dedos engarabitados sobre la culata del revólver, tal vez inservible, que me facilitara un amigo. Cuando por la mañana la gasolinera vino a recogerme, apenas podía mover los brazos y las piernas.

—¿Qué tal? ¿Cómo lo pasó? —me preguntaron.

Contesté con un movimiento de mal humor. No me explicaba por qué dejaban guardia a bordo de los faluchos cargados. No había visto ni oído nada extraordinario, nadie intentó acercarse a la embarcación que custodiaba, nadie procuró hablar conmigo en toda la noche. ¿Piratas? Me encogí de hombros. Pamplinas…

—No crea, joven —dijo el jefe—. ¿Sabe usted que la semana pasada se metieron en el

«Kiyo-Maru»?

Y si se atreven a meterse en un barco con mayor razón se meterán en un falucho si usted se queda dormido y ellos lo sorprenden. Un pañuelo en la boca, una cuerda, y al agua. Y después: en diez minutos llenan un bote. No sería la primera vez…

—¡El ojo abierto y el dedo en el gatillo! ¡Tiro y tiro! —exclamó un vejete que seguramente pasaba la noche roncando y que me hizo un guiño de inteligencia, como diciéndome que no tomara en serio sus palabras. Delante de los jefes había que hablar así.

Poco a poco me acostumbré a las noches del mar, desapareció la intranquilidad de la primera guardia y me atreví a dormir, sentado primero, echado después sobre la cubierta, abrigadas las piernas con la manta, el revólver oculto bajo el brazo en que descansaba la cabeza. Ponía la otra mano en la culata del arma y dormía, sueños atravesados de pesadillas, sueños que parecían cubrirme la cabeza con un velo a través del cual veía pasar sombras, luces, imágenes de

color azul intenso, discos rojos que giraban. Despertaba, asustado, aterido por el contacto de la cubierta. Empuñaba el revólver y miraba hacia la sombra, sin ver otra cosa que la sombra, en la que desaparecían las visiones de mis sueños…

—¡Guachimán de la W!…

El grito pareció surgir de las aguas.

—¿Qué pasa?

Un bote se deslizaba cerca del falucho.

—¿No ha visto al guachimán de la W? —preguntó el hombre que singaba en popa.

—No lo he visto. ¿Qué sucede?

—Es que… Unos lancheros lo necesitan.

Quieren irse a tierra.

—¿Por qué no los lleva usted?

—Es que… ¡Cómo se le ocurre! Yo no soy guachimán.

—Bueno: desatraca el bote.

—No se asuste, patrón. ¿Qué, me tiene miedo? Si no soy pirata…

No contesté, y el hombre, haciendo movimientos circulares con el remo, como si pretendiera revolver el mar, se alejó rezongando:

—Estos buitres… ¡Ave María! No se les puede ni hablar a los lindos.

Poco más allá el grito se alzó como una gaviota que levanta el vuelo:

—¡Guachimán de la W!…

Alguien, invisible, cogió el grito al pasar y contestó:

—¿Qué quieres?

Y amarró al final de la pregunta una interjección restallante. Una carcajada se irguió en la noche, a tiempo que una mancha más oscura que la sombra aparecía a babor del falucho. Una línea blanca, delgada, oscilaba lentamente sobre ella.

¡La vida!
Si supiera que cantando
algún alivio tuviera,
con la guitarra en la mano
cantando me amaneciera…

Un hombre, de pie en el fondo de la lancha, los brazos apoyados

en la borda, cantaba como sin deseos de cantar, mientras otro, a popa, cubierto con una camiseta y una especie de falda hecha de tocuyo, tomado a un gran remo y moviendo el cuerpo de delante atrás y tan pronto yéndose de bruces como echándose de espaldas al vacío, remaba. Un tercer hombre yacía inmóvil en la cubierta de proa.

—¡La vida, si supiera…! ¡Eh! —gritó el hombre, deteniendo el canto—. ¡Ahí hay un buitre!

El que remaba oyó con indiferencia el grito y el que yacía inmóvil no se movió. Sonreí. Buitre era el nombre que los trabajadores de la bahía daban a los guardias de los faluchos.

—¿No le da vergüenza cuidar lo que no es suyo? —preguntó el hombre, dirigiéndose a mí.

La lancha pasaba a tres metros de la popa del falucho.

—No, no me da —respondí—. Y a usted, ¿no le da vergüenza cantar mientras su compañero echa los pulmones remando?

—¿Vergüenza a mí? Usted no me conoce… ¿Tiene un cigarrito, patrón?

Irritado, no contesté; pero el lanchero reaccionó:

—No sea roto; contésteme —dijo.

—No tengo cigarrillos.

—Muy bien, pues; hay que ser siempre caballero, aunque no se tengan cigarrillos. Buenas noches.

Empezaba la hora triste del mar, la hora en que todo movimiento enérgico cesa, la hora en que prenden las luces de los barcos, haciendo así más oscura la soledad de la bahía. Las últimas voces declinaban frente a la noche. Empezaban los deslizamientos furtivos, los ruidos fugaces, los movimientos reptantes, el desfilar de los chinchorros tripulados quién sabe por quién y que se dirigen quién sabe hacia dónde. Había ya luces en la ciudad, en el plano, en los cerros, y se extendían en racimos, en guirnaldas, como en honor de alguien, dando a la atmósfera que gravitaba sobre el puerto un tono rojizo y blanco. Una imagen de la Virgen, rodeada de luces refulgía como un diamante en el pecho de un cerro.

—¡… de la W! ¡Si supiera, la vida!

Trabajaban aún en el malecón y el resplandor de las luces se extendía sobre el agua como un cardumen de peces rojos; se oía el trepidar de las grúas y grandes bultos se alzaban y desaparecían de

pronto, como caídos al mar. Los hombres pasaban y volvían a pasar frente a las luces, minúsculos pero decididos, insistentes como insectos. Mirábalos con envidia, con deseo de abandonar mi soledad y mi silencio para marcharme junto a ellos, junto a las negras y poderosas máquinas, en medio de las voces de mando y los gritos de alerta:

—¡Iza! ¡Un poco más!… ¡Arrea! ¡Guarda abajo!

La campana de un buque picó la hora.

—Las nueve.

Una ráfaga de viento se apoderó de la campanada y se la llevó mar adentro. Era la hora de comida. Saqué del bolsillo un paquetito que contenía dos sandwiches y empecé a comer lentamente, baja la cabeza, triste el ánima; aquella comida en la oscuridad, solo, hacíame sentir más que ninguna otra cosa mi desolación. Hubo un instante en que dejé de comer e inclinando la cabeza sobre el pecho, próximo a llorar, quedé con los ojos fijos en el pedazo de pan que tenía entre los dedos, como si dudara en comérmelo; pero luego, reaccionando, me lo eché a la boca. Todas las noches me sucedía lo mismo, y aunque en cada una me hacía el propósito de no acordarme a esa hora de mis padres o de mi casa, a la noche siguiente, junto con echarme a la boca el primer trozo de pan, el recuerdo aparecía. Me avergonzaba eso, pues yo quería ser un hombre duró, sin llantos, sin sentimentalismos, como eran los demás hombres, como era mi padre, por ejemplo. Pero era inútil… Saqué una botellita con leche y bebí un sorbo; estaba aún tibia y la saboreé como un gato o como un niño. Después eché a andar hacia la popa, donde la oscuridad detuvo mis miradas como una pared a un transeúnte distraído. No era posible ver a más de diez pasos de distancia; la sombra ascendía del mar como una neblina y flotaba sobre las aguas, densa, casi sólida. Sin embargo, a lo lejos se veían las luces de los barcos, en discos, en rectángulos, en cuadrados, brillando como fichas sobre un tapete negrísimo. Un vapor zarpaba, seguido de luces que se equivocaban con las estrellas. Todo lo que era luz, movimiento, calor, intimidad, estaba lejos de mí, habitante de la sombra, inmóvil en la noche, negro en la noche, como un buitre detenido en el tejado de una casa abandonada. Volví a popa, pero también allí me esperaba la sombra tupida, indiferente a mi destino. El cielo llameaba de estrellas débiles, como fósforos

mojados.

—¡Tan, tan, tan! Las once.

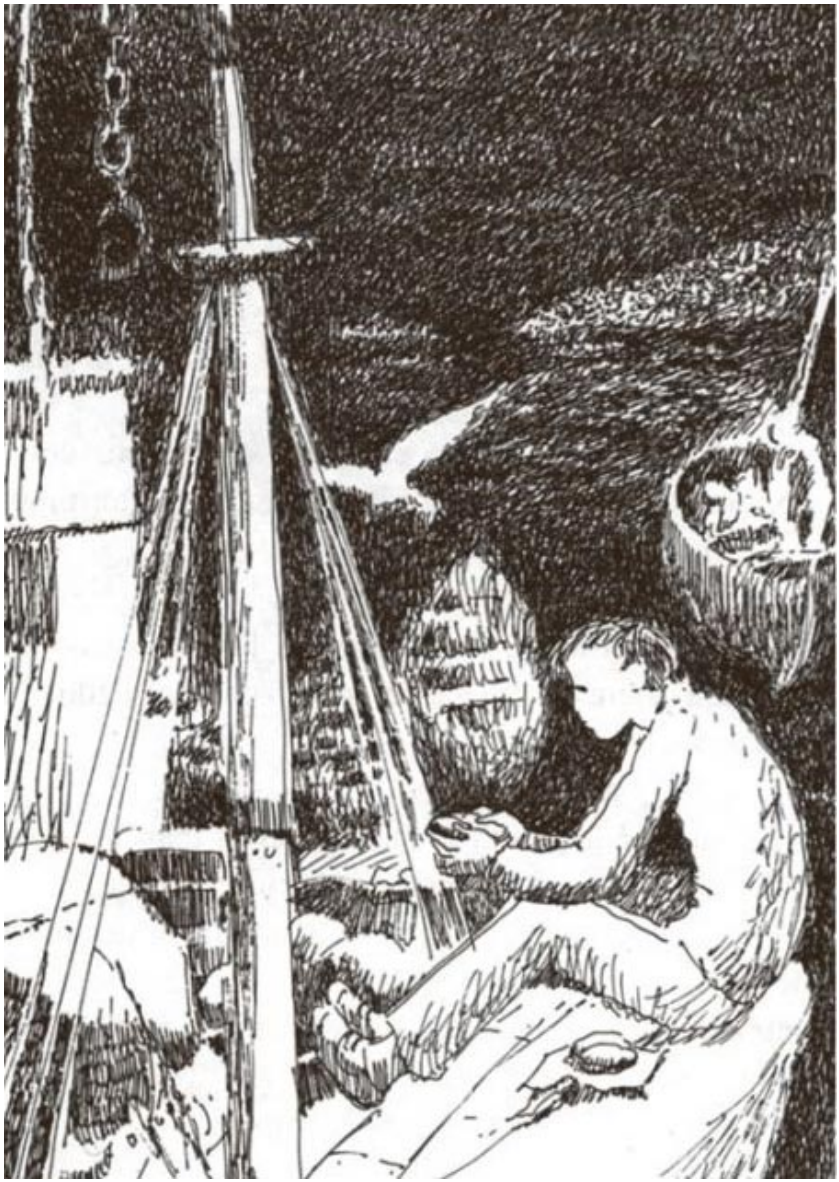
—¡Tan, tan, tan, tan! Las doce.

Se oía el rumor del agua al golpear en la quilla de la embarcación, y nada más, ni una voz, ni un grito. Sentado en el borde de la escotilla, los pies afirmados en los peldaños de la escalera, tapada la espalda con la manta, el revólver y la linterna al alcance de las manos, cerraba los ojos y quedábame así, sin saber si dormía o velaba, viendo pasar por mi cerebro imagen tras imagen, trenes que partían, buques navegando por alta mar en un día con sol, hombres de rostro oscuro y dientes blanquísimos, y todo se confundía, se mezclaba, desfigurándose. Abría los ojos, veía la sombra y los cerraba de nuevo. Trenes que partían, buques, hombres, dientes…

—¡Tan! La una.

—¡Tan, tan! Las dos.

—¡Tan…!



La primera campanada de las tres me despertó. Abrí los ojos y me erguí. Había percibido un rumor que yo conocía muy bien: sería uno de esos cachuchos misteriosos, tripulado quién sabe por quién y que se dirigía quién sabe hacia dónde. Tomé el revólver y la linterna y poniéndome de pie me acerqué a la borda. A un metro escaso estaba detenida una chalupa y un hombre iba de pie en ella,

inclinado, como si quisiera esquivarse de las miradas de alguien.

—¡Desatraca la chalupa, pronto! —grité con una voz que no me pareció la mía.

Al oírme el hombre enderezó el cuerpo, como si continuara un movimiento que no hubiera interrumpido, y la chalupa se alejó un tanto.

—¡Para!

Oprimí el botón de la linterna. La otra mano se me crispaba sobre la culata del revólver y el dedo índice buscaba el gatillo.

—¡Para, te digo!

Examiné la chalupa. Dos hombres iban tendidos en el fondo. El que iba de pie, delgado, miserable, descalzo y con la cabeza descubierta, el rostro sucio de sombra o de carbón, me miraba con ojos que eran como los de un animal cuando la luz de la linterna los tocaba de frente.

—¡Qué hace por acá!

—Voy para el «Mapocho», patrón.

—¿Y esos hombres?

—Son de la tripulación del barco.

—¿Y por qué van acostados?

—Es que están borrachos…

Rio sin ganas, con una risa que parecía un principio de llanto; la voz pretendía ser clara y tranquila, pero el miedo la empañaba. El hombre estaba tan asustado como yo.

—Se cayó un cajón de cerveza al agua y ellos lo sacaron. ¡Je, je! Están como piojos…

Mientras el hombre hablaba eché una mirada a los remos y vi que las palas iban envueltas en arpillera. Esto me demostró la verdad: eran ladrones, piratas, como se les llamaba pretenciosamente en la bahía. El descubrimiento me desconcertó. No supe qué hacer. Pensé alzar el brazo y soltar un tiro al aire para llamar a la policía marítima, pero temí al ridículo: el revólver no me merecía la menor confianza, y gritar, estando armado, me pareció más ridículo aún. Además nada habían hecho ni intentado hacer. Si llamaba a la ronda, aquellos tres hombres se arrojarían al agua sin vacilar, como lo hacían siempre que eran perseguidos y se ahogarían o pasarían la noche colgados de una boya, o los cazarían a tiros.

—¿Me voy, señor? —preguntó el hombre.

La palabra señor me decidió. Aquel hombre, en condiciones normales, no me llamaría jamás señor, pero en ese instante, con su libertad o su vida pendiente de mí, apelaba a esa palabra como a un estímulo a mi bondad.

—Ándate —respondí, en un tono que pretendía ser magnánimo.

Al oír la palabra que lo dejaba libre, y que me dejaba libre a mí también, el hombre de la chalupa se inclinó, echó los remos hacia atrás y con un vigoroso golpe se alejó. A la segunda remada la embarcación desapareció en la sombra.

2

Desperté al oír que me llamaban:

—Oiga, oiga, despierte.

—¿Qué hay?

—Ya está aquí la lancha.

—¿La lancha? ¿Qué lancha?

Medio dormido, no recordaba en qué sitio yacía ni de qué lancha me hablaban; pero cuando el hombre retiró la cabeza de la abertura de la escotilla y vi que por ella entraba la luz del día, la situación se me hizo clara. Me había quedado dormido en el fondo de la escotilla de popa. Me levanté de un salto, rabioso.

—Me he quedado dormido como un idiota. ¡Maldita…!

Recogí la manta y el revólver, la linterna y el sombrero y subí la escalera a tropezones. Asomé a cubierta lleno de vergüenza y de ira, esperando que alguien me dijera algo para llenarle de insultos. Pero nadie dijo nada; me miraron únicamente, con miradas entre compasivas e irónicas.

—Como no respondía a los gritos, subí a buscarlo; creímos que lo habían fondeado —explicó el hombre que me llamara.

—No importa dormir toda la noche; lo importante es estar despierto cuando llega la lancha —comentó el vejete en voz baja.

Salté a la gasolinera con los músculos como embistiendo a alguien. Mis compañeros, de pie en la lancha, iban silenciosos y miraban todo con aire de sorpresa como si nunca hubieran visto el mar, las embarcaciones, la ciudad.

—Se quedó dormido —me dijo el jefe pasado un rato.

—Me dormí al amanecer.

—Es la hora más peligrosa, porque…

—No me disculpo, señor; digo únicamente que me quedé

dormido al amanecer —interrumpí.

—Precisamente, al amanecer hay que vigilar más, porque a esa hora se abre el puerto y junto con los trabajadores entra toda clase de gente. Entre una persona honrada y otra que no lo es, no hay ninguna diferencia, a primera vista, claro está.

—Sí, ya lo sé.

—Hay ladrones que parecen recién salidos de las monjas… Pero en cuanto uno se descuida le roban hasta la camiseta —dijo el vejete con voz estridente.

Lo miré. Iba vestido de negro, como para un entierro; delgado, pequeño, lucía bigotillo blanco, cuello redondo, puños de quitapón. Decíase que era propietario de un almacén, pero que no pareciéndole suficientes las entradas que percibía, hacía de guardia para aumentarlas.

Entretanto, la gasolinera corría entre una hilera y otra de las lanchas y de faluchos, como un automóvil por una calle, rizando el agua y alzando olas que hacían danzar a las pesadas boyas y a las cachazudas barcazas. En algunas embarcaciones había ya trabajadores. Hablaban con indiferencia, fríos aún, soñolientos. Al oír el ruido del motor volvían la cabeza y nos miraban con curiosidad. El muelle estaba lleno de obreros, trabajadores de las chatas, del dique, lancheros, jornaleros; gritaban y corrían. Desde lejos se veía un montón informe, bullente, pero a medida que la gasolinera se acercó, destacáronse los cuerpos, los rostros, los ademanes, y se oyeron los gritos de los boteros frente al viejo muelle:

—¡«Al Mapocho»!

—¡«Al Fresia»!

—Patrón, aquí está «La Lindora».

—¡Oye, oh!

—Llegaron los buitres.

Se apretujaron para vernos desembarcar. Era un espectáculo curioso la llegada de esos hombres trasnochados, vacilantes, que venían del mundo nocturno del mar y que la gasolinera arrojaba todas las mañanas sobre el muelle como una pesca fantástica. Desfilábamos hacia la calle con la cabeza hundida entre los hombros, mudos, sin deseos de hablar ni de reír, solo pensando en el lecho: dormir, dormir…

—Hasta mañana.

—Hasta la noche, dirá.

—Sí, es verdad: hasta la noche.

Una carcajada reventó como una ola. El vejete, al intentar saltar de la gasolinera al muelle, calculó mal la distancia y cayó al agua, hundiéndose rectamente. Solo quedó en la superficie un sombrero negro, pequeño como el de un niño y con una cinta de luto. El dueño emergió al instante, exhaló un resoplido angustioso y luego de echar una mirada bizca, la cara llena de terror, se hundió nuevamente.

—¡Sáquenlo, por favor! —gritamos.

La lancha había sido desatracada del muelle por una ola que volvía del malecón y los hombres que quedábamos a bordo no alcanzábamos a coger al accidentado. Pero un jornalero bajó corriendo las gradas del muelle, se aferró con una mano a la barandilla y poniendo el cuerpo casi horizontal sobre el agua tomó al vejete del cuello y lo izó sin esfuerzo sobre la plataforma, donde tosió, estornudó, arrojó un chorro de agua por nariz y boca, y luego, tocándose la cabeza, dijo:

—Mi sombrero, caballeros…

Alguien se lo entregó, encasquetóselo y un chorro de agua le corrió por la cara. Volvió a toser y a estornudar, rabioso, tiritando mientras farfullaba palabras sin sentido, subiendo como una rata la escalera del muelle. Grandes carcajadas restallaron en el aire y él se dio vuelta, alzó el puño hacia los hombres y después de toser y estornudar, en medio de pataleos de ira, gritó:

—¡Tiro y tiro, bandidos!

Un reguero de agua quedaba tras él.

Atravesé la plaza, caminé unas cuadras hacia la izquierda y empecé a subir el cerro. La ciudad despertaba, abríanse los negocios, las hediondas agencias, las sórdidas cantinas, las fragantes panaderías; funcionaban ya los ascensores y algunas viejecillas que podían tener mil años y que parecían juntar la nariz con las puntas de los pies, barrían las aceras; mugían las sirenas de los barcos y de las fábricas; los buques de guerra dejaban escapar gritos de toros que se ahogaran; carretones panaderos y cerveceros rodaban sin lástima sobre el pavimento de piedra; de los conventillos y de las casas surgían tufaradas de humedad, ráfagas de aire pegajoso, tibio,

como muchas respiraciones exhaladas a un mismo tiempo, y yo oía y sentía, pero apenas miraba, los ojos semicerrados, llenos de sueño, orientándome por las callejuelas gracias a mi oído, a mi olfato, a mi memoria inconsciente, pues mi cerebro estaba envuelto en una especie de gelatina gris, como en conserva:

«Sin duda que la vida no es para reírse, pero esta vieja que barre la calle no tiene la culpa, como no la tengo yo ni la tiene el viejo que se cayó al agua. ¡Ja, ja! Donde se paraba, allí se veía la poza de agua… Parece que está saliendo el sol, siento calorcito en la espalda. Miguel y su mujer deben estar ya en pie y yo ocuparé su cama, su cama, que estará tibia y con olor a mujer y a hombre, a hombre y a mujer juntos; me he quedado dormido en el falucho, qué idiota, a quién se le ocurre ponerse a dormir a las cuatro de la mañana, y seguramente me despedirán del empleo, creo que he tropezado con un perro, a esta hora se comen la basura que hay en los tarros, cochinos, pero esto no me importa nada, solo quiero dormir, dormir, dormir y cuando me levante trabajaré de lanchero o de jornalero, cualquier cosa me da lo mismo, pero de día, sí, de día, porque el hombre debe trabajar de día y dejar la noche para los guardianes, para los piratas, para los panaderos, panaderos, piratas, piratas, guardianes, piratas, panaderos y todavía me falta un poco para llegar a la casa, porque esta es la esquina y aquí está el almacén de "La Marina", emporio, provisiones para familias por mayor y menor; qué curioso, no estoy cansado, pero tengo sueño y me parece que no camino sino que me deslizo a bordo del falucho lo mismo que cuando sueño; media vuelta, una, dos, tres, ahora un sitio cercado con calaminas, el mayordomo está enfermo…».

—Buenos días —exclamó Miguel al verme aparecer en la puerta de la pieza.

—Buenos —contesté, derrumbándome sobre una silla.

Era una habitación pobrísima, sin más muebles que una cama de dos plazas, tres sillas, una mesilla y un velador. Un cajón cubierto de diarios hacía de lavabo, y un baúl, de ropero. Las paredes estaban empapeladas con hojas de revistas. Sentado ante la mesa, Miguel, hombre de unos cuarenta años, de piel oscura y grandes bigotazos, vestido con el uniforme de la policía marítima, sorbía rápidamente el desayuno.

—¿Qué hay?

—Nada, tengo sueño. ¿Has tenido sueño alguna vez?

—Acuéstate.

Di una mirada hacia la cama, ocupada por un niño moreno y gordo, de pelo negro.

—¿Quiere que le sirva desayuno?

—No, gracias, señora; tengo sueño…

—¿Quiere acostarse? Ya me voy.

La voz era afectuosa y me recordaba la de mi madre. Levanté los ojos hacia ella: era una mujer alta, de pelo negrísimo y ondulado, blanca, de ojos claros y pechos altos; seguramente tendría la piel suave y tibia. Conocía su olor íntimo de mujer limpia, pues lo encontraba a veces en la cama, tal vez olvidado por ella, y lo saboreaba mientras me dormía.

Empecé a desvestirme como un sonámbulo, con movimientos torpes, y como todos los días, al desabrochar los pantalones, cayó el revólver al suelo. El golpe sobresaltó al niño que dormía, el cual estiró los brazos, gimió y entreabrió los párpados. Me quedé inmóvil, con los pantalones en la mano, temeroso de que mis ademanes llamaran la atención de la criatura y le impidieran continuar durmiendo; pero el niño no cerraba los ojos y parecía mirarme a través de sus largas pestañas deteniéndome.

—Si está dormido… Acuéstate.

—¿Está dormido?

—Sí. Algunas veces duerme así, con los ojos medio abiertos… ¡Miguelito! —llamó el padre a media voz.

Pero Miguelito no se dignó mirarle; dormía.

—¿No ves?

—Sería bueno para guardia nocturno; dormiría con los ojos abiertos.

Lanzando una carcajada que de nuevo sobresaltó al niño, Miguel se levantó y se fue.

—Hasta luego…

No contesté sino con un movimiento de cabeza: estaba preocupado en introducirme a la cama sin que el niño lo sintiera. Lo conseguí y me acurruqué como un perro, quedándome dormido con el rostro vuelto hacia mi compañero de lecho. No supe cuánto tiempo dormí, una hora, dos; desperté al sentir que me agarraban la nariz. Abrí los ojos y me encontré con el rostro del niño. Sonreía,

mirándome.

—Duerma, Miguelito, duerma…

Pero Miguelito había dormido ya lo suficiente. Levantó un brazo y me dejó caer la mano sobre la cara, como invitándome a jugar.

—Duerma, Miguelito.

Me miró un instante, seriamente, como extrañado de mi voz; luego volvió la vista hacia el techo, recogió las piernas y tomándose una, intentó introducirse el pie en la boca; tenía unos dientecillos de ratón. Torné a dormir, mientras oía el galimatías del pequeño; sentí que volvía a tomarme la nariz y el pelo, hablando, rezongando, como si quisiera sacarme de mi silencio e inmovilidad, incomprensible para él. Pero alguien lo tomó y se lo llevó. Yo sonreí, dormido, sin saber a quién sonreía…

—Eugenio: ya está el almuerzo.

La mano de Miguel tocaba mi hombro. Desperté; me ardían los ojos, sentía la boca seca, la cabeza vacía o como llena de un viento que zumbaba, ensordeciéndome. Me senté en la cama, restregándome los ojos, y empecé a comer en silencio, sin hallarle sabor alguno a la comida, como si mi boca no fuera ya mía o hubiese perdido el gusto.

—¿Así es que te quedaste dormido?

—¿Supiste?

—Sí, me contaron.

—¿Me despedirán?

—El jefe que hay ahora es muy exigente y parece que le contestaste mal. ¿Por qué?

Me encogí de hombros:

—Estoy aburrido de ese empleo… Además, tenía rabia por haberme quedado dormido y porque me habían encontrado durmiendo.

Hubo un silencio durante el cual Miguel y su mujer se miraron fijamente.

—En estos tiempos es muy difícil encontrar empleo —murmuró ella, en tono de consejo.

—Si te despiden, ¿qué vas a hacer?

—No sé…

—¿Por qué no te vuelves a casa?

—A casa, no.

—¿Por qué?

—No, no…

Dejé de comer. La perspectiva de quedar sin empleo no era como para aumentarme el apetito, ya que con el empleo, perdería el alojamiento. Claro es que me ofrecerían hacerme cama en el suelo, pero no aceptaría. Habíanse conducido conmigo como jamás lo esperara de nadie y no abusaría ya más. Miguel me encontró en el muelle, quince días después de mi llegada al puerto, cuando no me quedaban sino cuarenta centavos en el bolsillo y ninguna esperanza de hallar trabajo, torpe y sin audacia en la lucha diaria. Nos conocíamos desde muchos años; Miguel, huérfano, había sido criado y educado por mi abuela. Él me había conseguido el empleo de guardia particular.

—No es una ocupación muy boyante, a pesar de que se pasa toda la noche a flote, pero peor es mirar el mar, y en cuanto a alojamiento, no te preocupes, dormirás en nuestra cama mientras mejoras de situación; después, ya veremos…

Acepté entonces. Pero ahora…

—¿No come más?

—No, gracias; no tengo ganas.

—Si encuentro al jefe, hablaré con él. Es medio bruto, pero me estima algo, tal vez porque yo también lo soy —dijo Miguel al marcharse.

Quedé solo en la habitación, afiebrado, el cuerpo ardiente, los ojos ásperos. Quería pensar en algo, en algo que haría si quedaba sin ocupación, en mi casa, en mis padres, pero el cerebro no continuaba idea alguna y solo me devolvía imágenes, recuerdos inconexos, visiones de las noches en el mar, frases sueltas —¡Guachimán de la W!—, sin relación con lo que me pasaba y que yo repetía mentalmente, como si estuviera obligado a ello, una y otra vez, hasta irritarme y hacer esfuerzos para apartarlas y olvidarlas. En este juego me quedé dormido. Mi juventud era más fuerte que mis preocupaciones. Desperté a las seis y me vestí; comí algo, cogí la manta y el revólver, el sombrero y la linterna y me fui al muelle. Era aún de día y el mar estaba de un color azul profundo, sin una rizadura, inmóvil, ostentando manchas de color esmeralda que flotaban sin dirección. Cientos de pájaros volaban alrededor de los barcos, con las alas blanqueando en relumbrones cuando la luz las

iluminaba oblicuamente, y se les veía descender, cerradas las alas como paquetes, de punta, entusiastas, persiguiendo a los rápidos pejerreyes. Los vapores, aburridos, fumaban largas pipas; el humo subía con lentitud hacia el cielo. Los cerros destacaban sobre el cielo sus perfiles huidizos, curvos o planos, que se perseguían sin alcanzarse, pelados unos y otros cubiertos de bosques

verde-oscuros

o con árboles aislados, enjutos, vacilantes, y todos cubiertos de casas, de ranchos, con murallas blancas, amarillas, rojas, azules, verdes. Algunos ranchos colgaban de las paredes de los cerros, ostentando tiestos de claveles, de malvas, de cardenales, de achiras, y otros, desnudos, construidos con latas o calaminas comidas de orín, semejaban tarros esperando la llegada de un basurero a quien las callejuelas absurdas, los callejones imprevistos, las escaleras, las bajadas y las subidas, atrasaran siempre en su faena.

Caminaba a largos pasos, gozando del placer de la marcha sin esfuerzo, fresco, rehecho, como si el sueño me hubiera renovado, y pasaba entre los vendedores de frutas y de flores, de dulces y refrescos, sorteando hábilmente a los transeúntes que ascendían, sin pensar en nada y como si nada me sucediera, como si mi vida marchara tan bien como yo, a firmes pasos. Un optimismo sin sentido me invadía y a él me entregaba sin resistencia, feliz, como al sueño después de una larga vigilia.

—¡A los claveles dobles! ¡Los claveles dobles!

—¡Albahaca, albahaca!

—¡Dulces de La Ligua! ¡A tres por veinte los dulces!

—¡Pepinos del norte! ¡Maduritos los pepinos!

—¡Horchata, horchata fresquita!…

Algunos gritos se erguían como espadas y otros ascendían perezosamente por los peldaños de las vocales; unos abríanse como abanicos y otros rezongaban como mendigos pertinaces, y todos se unían, se desunían, se enlazaban, se desenlazaban, luchando entre sí, ascendiendo hacia el cielo atardecido de diciembre, de donde descendían ondulando, y morían.

La calle terminó frente a una pequeña plaza, desde donde nacían y se extendían otras calles. Tomé hacia la izquierda, por una calle angosta, de altos edificios. En las aceras la muchedumbre se deslizaba como espesa ola. Tranvías, automóviles, coches, llenaban

la estrecha calzada. Sentíase allí, en medio del bullicio de la gente y de los vehículos, el aliento de la ciudad; marchaba como en el aire, equilibrado sobre mi alma, lleno de una fuerza que me parecía propia y que no era sino el reflejo de la fuerza del mundo reproduciéndose en mí como el cielo en un espejo de bolsillo. Olvidado de mi personalidad real, vacía mi conciencia, viviendo en ese instante como olvidado aparte de mí mismo, transformado en una especie de tubo de cristal, sin que los acontecimientos pretéritos o futuros empañaran mi superficie, la vida llenábame de un agua clara y fresca, dándome la sensación de claridad y frescura que sentía. Pero una vidriera absorbió mi imagen, la mezcló con otras y me la devolvió con la ligereza de un prestidigitador; era la imagen de un joven alto, delgado, cargado de espaldas, con las piernas un poco torcidas, vestido de negro y con una manta oscura al brazo. Era yo. Me sorprendí, pues en ese momento me sentía recio, ancho, con el pecho erguido y la espalda recta y llegué a creer que la vidriera había escamoteado mi imagen, devolviéndome otra, ajena. Pero la siguiente vidriera me mostró la misma imagen: era la mía, y entonces, súbitamente, la claridad y la frescura disminuyeron como un chorro de agua cortado de golpe. Quise, sin embargo, luchar, sobreponerme, llenarme nuevamente de fuerza, pero al dar vuelta la esquina apareció el mar, el mar que ya oscurecía como el cielo y que estaba allí, como todas las noches, esperándome, bamboleando en su cuenca de barro y piedra. Sobrecogido, enfrentado bruscamente con la realidad, vacilé, y como si hubiera dado un tropiezo, derrumbose en mí el equilibrio que me sostuviera a través de las calles.

Al verme el jefe, alargándome un sobre, me dijo:

—La compañía ha resuelto despedirlo. Ahí va su sueldo.

Así era el destino: sin imágenes ni explicaciones. Recibí el sobre, quedándome con él en la mano, sin saber qué decir. Estaba despedido. Caminé hacia el extremo del muelle. Oscurecía y el mar entraba en el silencio nocturno. Algunos barcos prendían las luces. Se oían gritos lejanos. Un botero, al verme, me gritó, levantando un brazo:

—¡Al «Imperial», patrón!

Y como hiciera un gesto negativo, bajó el brazo lentamente, se sentó y mirando hacia otra parte escupió sobre el mar.

Atracada al muelle estaba la gasolinera, blanca, liviana, meciéndose como una gaviota. Muchas noches habíame llevado hacia la sombra y muchas mañanas me devolvió hacia la luz. Ya no subiría más a su bordo y no sabía si alegrarme o entristecerme por ello. De uno en uno llegaron los guardias nocturnos y volvió también el vejete, correcto como todos los días, vestido de negro, con su cuello inmaculado y sus puños de quitapón, su bigotillo blanco y su voz de pájaro marino. Rezongó el motor y la lancha despertó sobresaltada, moviose, retrocedió un poco y después de virar a estribor empezó a correr suavemente. La vi alejarse ahora como la veía antes. Los rostros de los hombres fueron borrándose en la oscuridad. Se hicieron lisos, planos, sin relieve, hasta desaparecer.

El mar golpeaba en las paredes del malecón y un grito venía desde el centro de la bahía:

—¡Guachimán de la W!… ¡… de la W!… ¡… de la W!

3

—¡Guachimán de la W!…

Había dejado de remar y abocinando las manos lanzaba a través de ellas el grito de llamada. El grito surgía recto y de un solo tono, pero el viento cogíalo y lo dividía en muchos gritos que tomaban distinta trayectoria y que vibraban sobre el mar con diferentes tonos, hasta caer al agua.

—Grita no más… —murmuró Rucio del Norte.

—Me parece que tendremos que dormir a bordo —exclamó Alejandro, de pie en la proa.

Puse de nuevo la caña junto al pecho, me incliné al levantar la pala y avanzando un paso la hundí en el agua. Me erguí, dejándome luego caer hacia atrás, mientras la pala, impulsada por el peso del cuerpo, partía en surco fugitivo la superficie del mar. La lancha se movía lentamente, como de mala gana, balanceándose un poco. Cuando la caña me tocó el pecho, me enderecé y repetí el movimiento. Era un movimiento sencillo y mecánico, que exigía más habilidad que fuerza, pero en cuya realización fijaba toda mi energía palpándome de rato en rato los músculos de los brazos, esperando encontrarlos como los de Rucio del Norte, trenzados como gruesos cabos, o como los de Alejandro, largos y elásticos.

Volví a gritar.

—Me parece que gritas para descansar del remo —comentó irónicamente Rucio, volviendo su cabezota roja.

Rio Alejandro y contesté, picado:

—Si te parece mal, no volveré a gritar…

Rucio lanzó una carcajada. Una gaviota, detenida en la copa de una boya, alzó el vuelo.

—¡Je, je, je! —remedaron en una lancha.

—¡De qué te ríes, alcatraz! —rezongó el lanchero.

—Me río de la risa —respondió el hombre.

En la oscuridad solo se veía una camiseta. La cara y el resto del cuerpo desaparecían en la sombra.

—¿Y por qué no te vas a reír de tu abuela?

—Porque no tengo, roto atrevido…

Inclinose el hombre y algo pasó zumbando sobre la lancha, cayendo al agua. Rucio buscó a su alrededor un proyectil, pero no había allí sino barricas de carburo, pesadísimas.

—No te tiro con una barrica de carburo… por no matarte.

—¿Para dónde van? —preguntó el hombre, ya en tono amistoso.

—Al fondeadero. Si ves al guachimán de la W, échalo para allá… ¿Andas trabajando en el carbón?

—En el carbón.

—Dales recuerdos a las sábanas, entonces.

Reímos y volví a remar: adelante, atrás, adelante, atrás, una, dos, tres…

—¡Para de singar! ¡Stop! —gritó Alejandro, alzando un brazo.

Me detuve. Estaba bañado en sudor y cansado, pero me sentía alegre, animoso. Varios días llevaba ya sobre esa lancha, días de sol, de viento, trabajando desde el alba, con los pies desnudos, en camiseta, endureciéndome, tostándome. Sin embargo, cuando me invitaron a trabajar como lanchero tuve miedo, pareciéndome que aquel trabajo era superior a mis fuerzas, propio solamente para hombres como aquellos que veía desde la orilla: resueltos, hábiles, fuertes.

—No es ninguna cosa del otro mundo —me dijo Alejandro— y solo es cuestión de costumbre y de voluntad. No hay ningún trabajo que pueda acobardar a un hombre.

Nos conocimos en el malecón. Aquel día, viendo entrar un vapor y llevado de mi curiosidad por las cosas del mar, pregunté a un hombre que estaba cerca de mí:

—¿Qué vapor será ese?

El hombre respondió sin vacilar:

—Es el «Fresia», hermano de aquel que está allá: el «Flora».

Y requerido por mis preguntas, fue nombrando vapor por vapor, velero por velero: allí estaban los vapores de la Compañía Kosmos, de color rojo y negro, silenciosos, inmóviles, detenidos por la

guerra; los barcos de la Sudamericana, negros los cascos, blancas las cubiertas y con chimeneas coloradas; vapores que hacían la carrera a Panamá, a Ecuador, a Nueva York, y que volvían cargados de plátanos, de azúcar, de pinas; los pequeños vapores carboneros, de chimeneas amarillas, de los cuales los trabajadores salían como de una caverna, negros y sucios como el vientre mismo del barquichuelo; los barcos de los canales del sur, anchos de quilla, con una estrella ocre en la chimenea; las goletas que van a Juan Fernández, tripuladas por chilenos, con capitanes españoles y buzos griegos; un paquete de la P.S.N.C. alzaba en el centro de la bahía su gran chimenea negra y su perfil extranjero. Esa lancha pertenecía a tal compañía, aquella a tal otra. Alejandro sabía hasta los nombres de los botes:

—El «Saca-Pica», el «Sin Pepa», el «Coquimbano»…

Mientras hablaba, lo examiné: era alto, esbelto, de piel rosada, lampiño, con ojos claros, dientes blanquísimos; vestía de azul. Sus ademanes y su voz denunciaban a un hombre del pueblo. Su traje aparecía sin una mancha y era duro y tieso, como si su dueño no se lo pusiera sino cada cierto tiempo, no sintiéndose a sus anchas dentro de él.

—¿Usted trabaja en el puerto?

—Sí —respondió—; soy capataz de la Casa W. y Cía., unos de los capataces de mar.

«¡Guachimán de la W!», recordé.

—¿Es guachimán usted?

Rio bondadosamente:

—No. Los guachimanes son hombres viejos, retirados del trabajo fuerte.

Seguimos conversando. Cuando supo que me encontraba sin trabajo, me ofreció trabajar con él.

—Pero ¿me admitirán? —pregunté, casi ruborizándome de alegría.

—¿Por qué no? El capataz de cuadrilla tiene derecho a elegir su gente.

—Es que… —dije titubeando— yo he sido guardia nocturno de la Casa B. y Cía.

—¿Y eso qué me importa a mí y qué le importa a nadie? Usted es un hombre sin trabajo y nada más; hay que ayudarlo. Pero, eso

sí: si quiere trabajar conmigo tendrá que hacerse socio del Sindicato de Trabajadores Industriales del Mundo; pertenezco a ese sindicato y sin su permiso no puedo darle un lugar en la cuadrilla.

—Yo no tendría inconveniente; pero hay otra cosa: no sé si serviré para ese trabajo.

—¡Bah! ¿Y por qué no?

Y al día siguiente, ante el asombro de Miguel y acompañado de Alejandro, embarqué en el remolcador de la W. y Cía. Era un obrero más del mar. A bordo el capataz me presentó al otro camarada de trabajo, quien, plantado sobre sus pies como un elefante sobre sus patas, no me hizo saludo alguno, limitándose a mirarme de arriba abajo.

—Este compañerito va a trabajar con nosotros.

—Muy bien.

Era Rucio del Norte. Ya a bordo de la lancha, sin saber qué hacer, miré azorado hacia un lado y otro, sin decidirme a sentarme ni a estar de pie. Entretanto, mis camaradas desamarraron. Rucio se puso al remo y momentos después atracamos al costado de un gran vapor oscuro. Desde cubierta arrojaron un cabo para amarrar y allí nos quedamos, mirando hacia arriba, a la espera, hasta que un hombre se asomó a la borda del barco y gritó:

—¡Guarda abajo!

—¡Listos! —contestaron los lancheros.

Se oyó un golpe sordo que estremeció la pared del barco y una gruesa red llena de barricas saltó del barco hacia el vacío. Sentí que algo se me helaba en la espalda y busqué a mi alrededor un lugar donde parapetarme o esconderme. Me pareció que aquella carga llenaría toda la lancha y nos aplastaría como lagartijas al hundir la embarcación. Pero la carga no cayó, sino que descendió despacio, a pequeños saltos y tirones deteniéndose a la altura de un metro sobre la lancha.

—¡Arrea despacio! ¡Para!

El hombre dirigía la maniobra desde la cubierta del barco. Alejandro y Rucio tomaron las cuerdas de la red e intentaron balancear la carga, pero esta era pesada y apenas se movió. Yo, lleno de confusión, les miraba hacer. Pero la voz de Rucio me estremeció:

—¡Atrinca, pues, ñatito!

Comprendí que me llamaba y en el llamado conteníase tan profundo y tierno sentimiento de compañerismo, que abandonando mi temor y sin pensar ya más que ayudar a mis camaradas, me lancé lleno de bravura hacia la red, colgándome de ella, forcejeando, con deseos de herirla y abatirla. Osciló la carga.

—¡Arrea! —gritaron los lancheros cuando la red, en su balanceo, llegó al centro de la lancha. Cayó la carga, desengancharon la red e izaron el pesado gancho. Alejandro y Rucio, escupiéndose las manos, empezaron a estibar las barricas. Comprendí que tenía que hacer lo mismo que ellos y escupiéndome también las manos, aunque sin saber para qué, cogí la barrica e intenté levantarla; pero la barrica no se alzó un centímetro del suelo. Repetí el esfuerzo, abriendo bien las piernas, y la icé un poco, pero como no supe qué hacer con ella y como las fuerzas no me alcanzaran para más, la dejé caer. Me escupí de nuevo las manos, rabioso, próximo a emprenderlas a puntapiés con todas las barricas que había en la lancha, y la tomé otra vez. Pero una carcajada me detuvo. Rucio se acercó y me dijo:

—No, compañerito, así no. Lo primero que tiene que hacer es sacarse el paleto, el cuello y la corbata. Así tendrá más fuerza. Enseguida, aquí no se trata de matarse. Estas barricas pesan ciento cinco kilos cada una y si usted quiere agarrarlas y pararlas, dentro de una hora tendrá que acostarse a descansar. Aquí se necesita más maña que fuerza, sobre todo cuando se tiene poca fuerza. Míreme a mí.

Se acercó a una barrica que yacía horizontalmente sobre cubierta, puso una mano en cada extremo y haciendo presión con el cuerpo hacia la derecha, mientras que con la mano izquierda tiraba hacia sí, la hizo girar, y enseguida, aprovechando el mismo movimiento oscilatorio de la barrica, la empujó, haciéndola rodar sin esfuerzo alguno.

—¿No ve? —me dijo—. Ni me agito. Hágalo usted.

Mirándonos, Alejandro reía. Me saqué el paleto, el cuello y la corbata y repetí sin equivocarme los movimientos que acababan de enseñarme.

—¡Bravo, bravo! —gritó Rucio del Norte, dejándome caer sobre el hombro una mano que parecía un cabrestante—. Este lanchero va a dar que hablar cuando se muera…

Esto me dio insospechados bríos. Dos horas más tarde dirigía la maniobra, gritando las órdenes. Pero cerca de mediodía, cuando mayores eran mi entusiasmo y diligencia, Rucio me llamó a proa, y después de darme unos golpecitos en el pecho, como en señal de amistad y confianza, me dijo:

—Mi hijito lindo: lo primero que debe saber un lanchero es cocinar y eso también hay que aprenderlo. Haga fuego en este caldero. Aquí hay leña y carbón y aquí tiene fósforos. En esta damajuana hay agua y en este saco están las provisiones. Aquí tiene la olla…

Y riendo a carcajadas me alargó un tarro aceitero, vacío y abierto… Quedé incorporado así el gremio de los hombres de mar, socio activo del Sindicato de los Trabajadores Industriales del Mundo, y entre Rucio del Norte, macizo y ancho como un trinquete, y Alejandro, vigoroso y esbelto como una mesana, yo, con mis hombros estrechos y mis brazos delgados, era solo como el palo macho de una goleta recién lanzada al mar…

—¡Guachimán de la W!

Parado en la cubierta de proa, con la mano haciendo pantalla a la boca, como impidiendo que el grito tomara una dirección que él no quería, Rucio del Norte gritaba.

—¡Chis! ¿De dónde sacaste esa vocecita? —pregunté riendo.

—Esta es voz de hombre, compañero —respondió Rucio, golpeándose con fuerza el pecho— y no voz de cabro, como la suya.

—¡Te apuesto a quién grita más fuerte!

—¡Échale, si eres diablo!

Volvió a abrir su enorme boca y un grito corrió sobre el mar como una pelota de cobre sobre un tejado de cinc. Tras él, poniendo en ello todo mi aliento y fuerza, lancé mi grito; pero al terminar exploté en una carcajada: junto a la voz del Rucio del Norte la mía sonaba como la de un niño junto a la de su papá.

—¿Por qué gritas tanto, animal? —preguntó cerca una voz cascada, lacrimosa.

Rucio rio:

—Oye, Eugenio, este sacó más voz que nadie… ¡Apúrate, viejo de los diablos! ¡Guachimán de la porra!

—Miren que niñazo tan apurado… ¿Qué, te están esperando tus queridas?

—¿Y por qué no? Hombre joven y nada mal parecido —repuso Rucio, contoneándose en la borda.

Extendimos una tela embreada sobre la carga y luego de calzarnos y recoger la ropa, bajamos a la diminuta embarcación del guachimán, hombrecillo enteco, viejo lobo de las caletas. Rucio se puso al remo y en pocos momentos llegamos al muelle. Nos encaminamos a un figón y allí comimos rápidamente, alcanzados ya por el sueño y el cansancio, silenciosos. Rucio se fue, y Alejandro y yo, que vivíamos juntos, continuamos nuestro camino.

—Si no tiene dónde dormir, véngase conmigo —me había dicho el capataz—. Tengo una cama ancha, de dos plazas, casi más grande que la pieza. La compré una vez que se me ocurrió tener mujer y me duró más que la mujer… Gastos inútiles que uno hace.

Vivía en una pieza que arrendaba en lo alto de un cerro, desde la cual se veían toda la ciudad y el mar. En la noche, mientras el lanchero, medio dormido, intentaba leer unos libros que tenía en un derrengado estante, me asomaba a la ventana y miraba la ciudad; las anchas avenidas que van hacia Las Delicias, las calles del centro, estrechas, amontonadas, que se dividen de pronto en dos partidas por las proas de los edificios; la gran mancha oscura de las callejuelas que nacen en la Plaza Echaurren; el laberinto de los callejones en los cerros moteados de luces que amarilleaban como tulipanes invertidos creciendo en la tierra negra de la noche. Luego, el mar, las luces de los barcos, el relumbrón del faro de Punta de Ángeles…

—Esta noche tengo mucho sueño —murmuró Alejandro.

Acababa de encender la lámpara y de pie en el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos, cerraba los ojos, gozando al sentir en los párpados el peso del sueño…

—Yo también estoy que no veo…

—Acostémonos; mañana tenemos que madrugar. Antes de las doce hay que dejar la lancha desocupada.

Nos acostamos en silencio, con movimientos suaves, como si temiéramos ahuyentar el sueño.

—¿Apago?

—Apague.

—Hasta mañana, compañerito.

—Hasta mañana.

Dormimos la noche de un tirón y al alba estábamos ya en pie, haciendo el desayuno. Llegamos al muelle antes de la salida del sol.

Aquel día un remolcador condujo la lancha hasta el malecón, donde la amarramos a los bitones del hierro; giró la grúa y un hombre vestido de azul se asomó a la orilla:

—¿Listos, niños?

—¡Siempre listos, ñato!

Descendió el gancho y colgamos la primera carga, luego la segunda y la tercera. Trabajábamos sin hablar, sin perder un segundo, mudos, quejándonos a veces por el esfuerzo violento, pero quejándonos con rabia, empujando las barricas, haciéndolas girar, rodar, peleando con ellas, insultándolas, mientras que por el rostro y el cuerpo nos corrían regatos de sudor, empapándonos la camiseta, cegándonos, mojándonos la boca con el líquido salobre que recogíamos con la reseca lengua, inconscientemente. Al terminar de cargar la red, nos retirábamos del centro de la lancha, y afirmados en la borda, con los brazos abiertos, respirábamos a todo pulmón, echados los rostros hacia atrás y mirando el cielo, donde el sol era la boca de un horno que arrojaba llamas.

—Esto es buenazo para botar la calentura —exclamó Rucio del Norte, respirando ruidosamente.

No le contesté; lo miraba: Rucio, descalzo, afirmada la espalda en la borda, echaba hacia adelante su enorme pecho, cuyo movimiento respiratorio recordaba el movimiento de las olas. El cuello, rojo, ancho, corto, dentro del cual la sangre corría como el cobre líquido por los moldes de las fundiciones, sostenía, sin cansancio, la cabezota poblada de grueso cabello rojizo, dura y firme como los bitones a que estaba amarrada la lancha. La cara, por el reflejo del pelo, parecía blanca vista desde lejos, pero de cerca se la veía cobriza, con un barniz grasoso en la piel. Los pelos de la barba eran tiesos y la boca era grande, deforme, con labios hinchados y dientes blancos, cuadrados, agresivos. Toda la cara semejaba un mazo de recia madera blanca, y la nariz, aplastada, ancha, era como un nudo en medio del mazo. Y todo lleno de músculos, extendiéndose a través de su cuerpo como raíces de un árbol. No había en él de suave, de tierno, sino los ojos, pequeños y azules, húmedos.

A mediodía la grúa se llevó la última carga. Desamarrados y

afirmando el remo en el murallón desatraqué la lancha. Iba a remar cuando apareció el remolcador. Solté el remo y me tendí de espalda en la popa, poniéndome una mano frente a la cara para defender los ojos de la luz vivísima del sol; me quedé inmóvil, sintiendo cómo la lancha corría dócilmente tras el remolcador. Alejandro iba de pie en la proa, y Rucio, sentado en la borda, con el rostro lleno de innumerables gotitas de sudor, golpeaba con los desnudos talones sobre las costillas ásperas de la lancha.

—Por hoy, no tenemos nada que hacer —dijo Alejandro, una vez en el muelle—. Después de almuerzo voy a ir a la Casa, a ver qué nos dan para mañana.

—Me parece que nos mandarán al carbón. Hoy llega el «Don Carlos», de Lota —repuso Rucio.

Bostezó y, después de darse una palmadita en la barriga, exclamó:

—Creo que tengo hambre. ¿Vamos a almorzar?

Rucio del Norte no comía: devorada. La cuchara iba y venía del plato a la boca y de la boca al plato, sin interrupción, mecánicamente, como cangilón de noria. Cuando concluía de tomar el caldo dejaba la cuchara y cogiendo con los dedos el trozo de carne de la cazuela, lo engullía casi entero. Si tenía algún hueso, lo arrojaba bajo la mesa.

—Para que los mozos no ganen el sueldo sin hacer nada…

Cortaba luego las papas por la mitad y tomándolas con la punta del cuchillo las introducía, como por una escotilla, en la boca de cuadrados dientes. Tomaba un trago de vino, se secaba los labios con los dedos y sosteniéndose con las manos al borde de la mesa, se echaba hacia atrás. Yo reía. Aquel hombre era una caldera.

—Listo —decía.

Cada vez que terminaba un plato, se golpeaba la barriga, como auscultando el estado de su estómago:

—Todavía me queda un huequecito…

Quedaba al fin satisfecho, sacudido por convulsiones que lo hacían saltar sobre el asiento, eructando ruidosamente.

—No como más, no como más, aunque me nieguen —mugía.

Después del almuerzo nos sentamos en la orilla del malecón. Un bandada de gaviotas graznaba al volar tras los desperdicios que flotaban en el agua. Un enganche de obreros partía para el norte.

Estaban los hombres sentados en el suelo o en sus equipajes y se les veía serios, tristes; habían también oscuras mujeres, flacas, sucias, desgreñadas, tristes también, y niños raquíticos, mugrientos, que se apretujaban contra sus padres mirando al mar con ojos de angustia. Varios se embarcaban ya en una lancha, subieron hasta ella por una tabla afirmada por un extremo en la popa de la embarcación y por el otro en la playa. Algunos equipajes cayeron al agua; los sacaron chorreando. Un hombre cayó también y salió caminando hacia la playa, mojado hasta la cintura, convertido en un estropajo. Menos que hombres, eran animales. Los embarcadores, indiferentes, dirigían la maniobra desde la orilla.

Rucio del Norte dijo de pronto, apretando los puños:

—Me dan ganas de saltar a la playa, pescar a uno de los embarcadores por el cogote e ir a dejarlo al medio del mar. ¿Ha visto qué manera de embarcar a la gente? Peor que chanchos… Parece que la culpa la tuvieran los trabajadores, que se dejan llevar así, pero no es cierto, porque si se niegan a embarcarse en esa forma, los dejan varados en la playa, y ¿qué hacen?, casi todos son del sur y antes de morirse de hambre prefieren cualquier cosa. Y en el norte es peor… Y en el vapor, amontonados como bultos, durmiendo en la cubierta, mal comidos, se enferman los niños… ¡Por la madre! Vámonos de aquí, porque me están dando ganas de matar a alguien…

Rechinó los dientes:

—¡Animales! A mí me van a llevar así… De un puñete les volaba la cabeza.

Estaba indignado y mientras andaba siguió rezongando, murmurando; escupía con rabia a un lado y otro, soltaba puntapiés a los perros que encontraba y daba puñetazos a las paredes y los postes. Cohibido por la rabia repentina de aquel hombre no me atreví a decirle nada para calmarle. De pronto se detuvo:

—Yo me voy por aquí. Hasta mañana.

—No te vayas, Rucio; acompáñame al Sindicato.

—¿Al Sindicato? ¿A qué? ¿A oír hablar leseras? Compañero aquí, compañero allá, y de ahí no salen. Mejor me voy a dormir.

Y se alejó, balanceando su enorme cuerpo.

—Este Rucio es un animal. Para él no hay nada más que la violencia, la violencia en todo. Trabaja, come y bebe como un

bruto. Es socio del Sindicato, pero no aparece por allá sino cuando hay alguna huelga: quiere matar a este, estrangular a este otro, y lo que pasa es que ligerito lo llevan preso. Se agarra a bofetadas con el primero que lo mire mal, y ya está: a la comisaría… Sin embargo, es buen hombre, excelente camarada… ¡Pero tan animal!

—¿Y de dónde es?

—De Iquique; es hijo de un marinero inglés y de una chilena.

—¿Y se llama así: Rucio del Norte?

—No; se llama John Mulholland. Pero no se le ocurra nunca llamarlo por su nombre; es capaz de tirarlo al mar. Tiene odio a su padre, que se llamaba como él y que lo dejó abandonado cuando era muy chiquillo.

—¿Y la madre?

—Murió de hambre y de pena. Yo la conocí y conocí al padre; también soy de Iquique. Ella era muy bonita, delgada, morena. Él era rubio, macizo. En Iquique le llamaban «El Bichicuma». Borracho, brutal, pendenciero, no había hombre que le resistiese más de una bofetada… Desertó de un buque de guerra inglés, enamorado de la madre de Rucio, que en ese tiempo era prostituta, y se casó con ella. Pero un día se embarcó y no lo vieron más. La madre murió cuando Rucio tenía ocho años. Se crio en la calle, durmiendo en cualquier parte, robando, mendigando…

4

El sábado Rucio del Norte me hizo una proposición. Al principio no comprendí. Nadie me la había hecho hasta entonces.

—¿Dónde quieres ir?

Y el lanchero, dándome un golpe en las costillas y sonriéndome de lado, dijo:

—Donde haya niñas, pues, señor… ¿Que no te gustan las niñas?

—Pero ¿qué niñas?

—Niñas, pues, ñato, niñas… Para divertirse un rato.

—Bueno, vamos —acepté. La idea de divertirme no me asustaba, aunque no sabía bien en qué consistiría aquella diversión. Nos encontramos en el muelle al anochecer. Habíamos terminado a media tarde la descarga del carbón y luego de bajar a tierra y cobrar la semana de trabajo, nos separamos. Y al verme aparecer de nuevo en el muelle, Rucio me dijo:

—Buena cosa, Eugenio, que estamos buenos mozos…

Él también aparecía limpio, afeitado, pulcro; un traje marrón, con muchas arrugas, cubríalo a duras penas, como un retobo pequeño a un bulto demasiado grande; le quedaba corto y estrecho y los botones y las costuras amenazaban estallar cuando se movía o accionaba. Calzaba zapatones de color; la camisa, de franela color gris, con cuello pegado y cordoncillos que colgaban a manera de corbata, se veía abierta en el cuello, mostrando la piel del pecho, roja y áspera.

—No me duran nada. En cuanto me agacho o bostezo, saltan.

—Póntelos.

—Para que se vuelvan a saltar… No vale la pena. ¿Vamos a comer?

No comimos en el figón de costumbre:

—Si vamos tan elegantes, son capaces de robarnos el sombrero.

Tenía un sombrero claro, con cinta negra, que le quedaba sobre la cabeza como un hongo sobre una roca; no lo lucía sino los días de fiesta y los sábados en la tarde y lo llevaba casi siempre en las manos, poniéndoselo cuando necesitaba accionar y quitándoselo al terminar el discurso.

Comimos reposadamente, conversando sobre el trabajo, sobre los vapores, sobre la bahía. Rucio del Norte se bebió una botella de vino. Aquella noche no comía como siempre, sino que despacio, correctamente, como un caballero, tal vez temiendo ensuciar su traje marrón o su sombrero claro, que había puesto cuidadosamente sobre una silla y junto a él. Después de comida echamos a andar por las calles del puerto, esas estrechas calles que nacen y mueren casi en el mismo sitio, detenidas por los cerros y por el mar; se veían transitadas por gente vacilante, que tan pronto era absorbida por las cantinas como expulsadas de ellas, abriéndose las puertas de súbito, como a puntapiés, y dejando salir, junto con ellos, un vaho caliente y pastoso; notas de piano que parecían sonar bajo el agua, y gritos, risotadas e imprecaciones, que zumbaban y rebotaban en las paredes de los edificios.

Caminábamos desganadamente, como sin rumbo; nos detuvimos en una de las bocacalles de la Plaza Echaurren, que con su iluminación pobre y sus árboles de oscuro follaje parecía un pozo de sombra dividido por la amarillenta faja de luz de la calle. Algunos hombres y dos o tres mujeres vagaban entre los árboles. El paisaje me sobresaltó un poco. Miré a mi compañero y lo vi tranquilo, como indiferente, muy distinto a mí, que empezaba a sentirme desasosegado. Varias veces estuve a punto de despedirme y marcharme a dormir, pero el deseo no fue lo bastante fuerte; había otro más fuerte: mi curiosidad y mi temor de parecer ridículo o infantil. Por lo demás, siempre me quedaría libertad para marcharme cuando quisiera.

Mi amigo, dándome un suave golpe con el codo sobre el brazo, me invitó a seguir, y seguimos. Atravesamos la calle, penetrando en la oscuridad de la plazuela. Desde lejos, aparte de aquellas personas que se deslizaban entre los árboles, había supuesto que la sombra que llenaba la plazuela se encontraba desierta, pero a medida que avanzamos aparecieron seres que se movían en ella como en agua

fangosa, grupos que hablaban a media voz, mujeres que pasaban y volvían a pasar, taconeando nerviosamente, como si quisieran llamar la atención de alguien. Un poco más adentro brotó una canción, una canción a muchas voces, altas y bajas, que ondulaban en las orillas de la noche:

Mañana me voy al puerto
a bailar cueca porteña…

Unos hombres pasaron cerca de nosotros; sus voces discordantes se esforzaban en levantar y sostener en el aire la canción que amenazaba caer; la animaban con gritos, con palmadas, con agudos chillidos de jaleo. Al llegar a la calle la canción cesó, desvaneciéndose en la luz. Una mujer se desprendió de la noche y pasó junto a mí rozándome. En la sombra solo vi su silueta y el fulgor de los ojos, que parecían llenarle toda su cara, agrandados por la pintura. Un olor a polvos y a colonia la seguía.

—Empieza a picar el bagre…

La frase aunque graciosa me fue indiferente. Marchaba como a tientas por aquel camino que no conocía ni sospechaba. Miraba hacia todas partes, hacia delante, hacia atrás, hacia el suelo, hacia las casas oscuras, cerradas, con aleros que les daban aspecto de hombres cubiertos de gorras con viseras, que observaban la vida que bullía allí. Creía que de algún lado surgiría algo imprevisto, sobrecogiéndome, asustándome; pero, nada sucedía. Mas de pronto apareció una calle que serpenteaba perezosa sobre el cerro y en la que de trecho en trecho veíanse luces rojas, blancas, azules, verdes, que colgaban de lo alto de las puertas y que al brillar en la noche con apagados fulgores daban la impresión de que la calle estaba iluminada a través de un grueso vidrio pintado de rojo, de blanco, de azul, de verde.

—¿Qué calle es esta, Rucio?

—La Subida Clave.

Era la feria de la prostitución porteña, pero la feria pobre, habitada por mujeres vestidas con telas que se ajan tan rápidamente como ellas y tan baratas como ellas también; la feria frecuentada por los proletarios de mar y tierra, los lentos panaderos, los bulliciosos vaporinos, los vivaces zapateros, los tiznados trabajadores del dique y de las chatas; los marineros de la armada,

con sus trajes azules con pantalón de campana; los hombres de mar extranjeros, japoneses silenciosos, ingleses melancólicos, yanquis con caras de puño, polisilábicos alemanes, restallantes españoles. Allí estaban también las mujeres, vestidas de mil colores, sentadas en los umbrales de las casas, mostrándose en la penumbra como flores violentas, de aroma fuerte, flores crecidas en las mareas nocturnas del puerto y regadas con la sangre de los tripulantes del océano. Las había morenas y rubias, blancas y pálidas, esbeltas, gordezuelas y graciosas como cacharros, monstruosas como sapos, riendo, conversando las más y serias y graves como mercaderes concienzudos las menos. La calle bullía de hombres y mujeres y se oían gritos, silbidos, frases de *slang*, imprecaciones chilenas, ladridos germanos, murmullos japoneses, masticaciones yanquis.

Cuando Rucio del Norte empezó a ascender la calle, estuve a punto de cogerme de uno de los brazos de mi amigo. Me pareció que entraba a un mar revuelto, donde marinero incipiente, iba a flotar como una chalupa dejada al garete; pero la vergüenza detuvo aquel movimiento y avancé, y mientras avanzaba mi cabeza llenose de silbidos y vértigos de mareo; sentía las piernas débiles y un escalofrío se detuvo sobre mi cuerpo. Andaba torpemente, confundido por las voces inauditas, los movimientos insólitos, mirando todo sin ver nada, pues mis ojos pasaban de un punto a otro sin detenerse en ninguno, atraídos por innumerables motivos al mismo tiempo, y mi cerebro, hacia el cual se dirigían todas las imágenes, empezó a vibrar, solicitado y herido por los llamados, las sugestiones, las insinuaciones, los deseos que flotaban allí como ondas en un campo eléctrico. En mi garganta palpitaba algo que no concluía de absorber y que se resistía a ser expulsado. Avergonzado de mi sensibilidad, quise dominarme, sobreponerme, mostrarme y portarme como hombre aun a pesar de mi angustia. Comprendí que debía detenerme, calmarme haciendo el esfuerzo que fuera necesario y recoger mis nervios, que flotaban en medio de la ola como una red abandonada, agavillándolos con mano dura y soltándolos luego de uno en uno, mirando todo hasta saciarme; pero, al detenerme, un marinero tropezó violentamente conmigo, a tiempo que una mujer, que creyó que aquel joven se detenía por ella, empezaba a llamarme. Aturdido por el tropezón y sin saber lo que hacía, me acerqué:

—¿Qué dice? —pregunté con voz apagada.

—¿Por qué no entras, chiquillo?

—¿A dónde?

—Aquí, a mi casa, a conversar un rato.

—Es que… voy con un amigo —se me ocurrió.

—Llama también a tu amigo.

No supe qué contestar y me quedé plantado como un estúpido frente a la mujer.

—Entra…

La voz de la mujer parecía tomarme de las solapas.

—Entra…

Y, cuando, no teniendo razón alguna que oponer, iba a entrar, la voz de mi amigo me sacó como un gancho del atolondramiento:

—¡Qué hubo, Eugenio! Vamos.

La voz me tranquilizó y dije a la mujer, como excusándome:

—¿No ve? Mi compañero me llama…

—¡Váyanse, entonces! —repuso secamente ella.

El brusco cambio de tono me sorprendió; creía haberla ofendido con mi negativa y me disponía a balbucear otra excusa, que no sabía cuál podía ser, cuando ella, ya que no me prestaba atención, llamó a otro hombre:

—Entra, chiquillo…

El chiquillo era hombre como una boya, y yo, que transpiraba y que llegué a sentir vergüenza, me retiré riendo nerviosamente.

—¿Qué te decía? ¿De qué te ríes?

—No sé… Me río sin saber por qué… Esa mujer me llamó y yo creí que me llamaba porque… no sé. Creí que me llamaba a mí, porque yo le… Pero cuando le dije que no y ella, enojada, me dijo que me fuera… Pensé que la había ofendido, pero llamó a otro, como me llamó a mí…

—¿Y tú, qué creíste? ¿Que te iba a rogar y a llorarte para que entraras?

—No, pero ¿por qué se enojó?

—No se enojó. Viendo que tú no tenías interés por ella, no te iba a decir: «Entre, hijito lindo»… Así es la cosa. ¿No has oído contar lo que le pasó al fraile con el botero? Lo mismo que a ti con esa mujer: un fraile llegó al puerto a embarcarse y, al verlo, un botero que estaba allí le gritó a otro: «¡Oye, Chicaca: atraca el bote, que el

padrecito se va a embarcar!»… Pero el fraile se embarcó en otro bote, y entonces el botero volvió a gritar: «No atraques nada, oh, mira que este fraile… tal por cual se embarcó en otro bote»…

Llegábamos a los límites de la feria. La ola se aquietaba como en una playa extendida, pero el rumor de la resaca golpeaba aún las viejas murallas. Algunas mujeres, alejadas del centro del remolino, paradas en las puertas o sentadas en los umbrales, chistaban de modo suave a los hombres; hacían recordar a esos comerciantes pobres, que ocupan en las ferias los extremos y que ofrecen su mercadería con menos bullicio y más afectuosamente que los demás.

—Oye, Rucio, ¿dónde vamos?

—A divertirnos.

—¿Y aquí?

—Aquí no. ¿Tú crees que esta gente se divierte? A mí me gusta divertirme y bailar y cantar y tomar, a la chilena, con bulla…

Abandonamos la Subida Clave y nos internamos por una callejuela que parecía haberse perdido en el cerro y que daba vueltas y vueltas, subía y bajaba, como buscándose a sí misma. Había allí también mujeres y hombres y del interior de las casas salía un rumor de muchedumbre, un rumor que no se sabía si era de alegría o de pesar, pero que al abrirse las puertas irrumpía en griterío y azotaba los rostros, hacía ondular los trajes de las mujeres y lamía los negruzcos aleros y las desconchadas murallas.

—Aquí es…

Volví a sentir el mareo y la torpeza. Era una casa humilde, hundida por los años hasta dejarla en desnivel con la acera. Ningún ruido oíase desde fuera; pero cuando Rucio del Norte, seguido por mí como una sombra, bajó la escalera, abrió la mampara de vidrios blancos y rojos y avanzando unos pasos por el corredor detúvose frente a una habitación iluminada, cinco gritos lo saludaron y cinco mujeres corrieron hacia él:

—¡Rucio, es el Rucio!

Lo abrazaban, lo besaban, tiraban de él hacia un lado y otro, y él dejaba hacer, abriendo su boca con una sonrisa de bondad, gozoso de que su presencia despertara tanto júbilo. Pero se aburrió:

—Bueno, ya está, mujeres del diablo…

Zafose de ellas y fue a saludar a una viejecilla sentada junto al

piano, una viejecilla que era como la representación humana de la fachada de la casa: los años la habían hundido.

—¿Cómo le va, suegra?

La vieja levantó unos ojos cuya esclerótica parecía estar llena de migas de pan, sacó de entre su pañuelo de rebozo una mano semejante a una pequeña tortuga y poniéndola entre las manos rojas de Rucio, díjole con una voz que no le obedecía:

—¿Cómo te va, caña hueca? ¿Qué andas haciendo por acá?

Me quedé junto a la puerta, el sombrero en la mano, sonriendo como convidado vergonzoso; después fui presentado a la dueña de aquella casa de diversión.

—Le presento a este joven, amigo mío. Esta señora es doña Isabel Ahumada de Riquelme, suegra mía y del que quiera serlo…

Y cumplida esta formalidad, Rucio del Norte, sin poder contener ya su deseo de alegría y de jolgorio, arrojó el sombrero al aire, abrió los brazos y gritó:

—¡Puchas que tenía ganas de bailar y de tomar!

Cinco minutos después el salón de baile era una campana donde la voz del lanchero volteaba de pared a pared, de espejo a espejo, de rincón a rincón, un badajo incansable, con el mismo tono alto siempre y acompañado a veces por las carcajadas de las mujeres, las escalas del piano y el tamboreo precipitado de la tañedora. Cuando el acompañamiento cesaba, la voz seguía sola y se le oía hablar, cantar, reír; la alegría fluía en un chorro inagotable. Rucio del Norte perseguía a las mujeres, las cogía en brazos y las tumbaba sobre los sillones; reían a gritos, excitadas por la fuerza y el ardor de aquel hombre que lo llenaba todo con sus lomos anchos y su voz más ancha aún.

Sentado junto a la vieja, con el sombrero en las rodillas, como en una visita breve presenciaba la baraúnda que formaba mi amigo, quien envuelto en ella, me había olvidado. Pero repentinamente cayó a mi lado como un aerolito:

—Oye, ñatito… diviértete, baila, toma, canta…

Estaba rojo, sudoroso, congestionado. Me abrazó:

—A este niño hay que tratarlo muy bien, porque es amigo mío… Que le den de tomar lo que pida, yo pago, y cuando se me acabe la plata… él tiene más.

Saltaron y estallaron las risas; el piano, detenido un instante,

volvió a sonar, retumbó el tamboreo, alzó su voz vibrante la cantora y Rucio del Norte, abandonándome, retornó a su torbellino.

—¿No sabe bailar el joven? —me preguntó la vieja, con voz rebelde.

—No, señora, no sé.

—Aprenda…

—Sí, después…

Y allí quedé, olvidado, con aire de espectador indiferente. Las mujeres, atraídas por el foco formado alrededor de Rucio, ni siquiera miraban a ese joven que no se reía ni hablaba, cuya mirada era vaga y que parecía pedir permiso hasta para respirar. Tres mujeres rodeaban a Rucio del Norte; pero parecía no tener aún suficiente con ellas. Bailaba con dos a un tiempo, mientras la otra, parada en la orilla de la alfombra, se desgañitaba animando el baile con interminables refranes y chillidos. El lanchero, a quien el ruido parecía poco, se detenía y cantaba como podría cantar un toro, palmeteando las manos que sonaban como baldosas; la mujer zapateaba y hacía ruedas a su alrededor. Rucio del Norte abandonaba después su actitud y atacado de súbita locura golpeaba sus tacos sobre el suelo, mirándose los pies al mismo tiempo. Y era tanto su ímpetu que seguía zapateando aún después de callar el piano y el canto, animándolo solo, hasta que detenido por las mujeres miraba con sorpresa su alrededor y decía, asombrado:

—¡Bah! Me sobró caballo, entonces…

Y un verdadero aullido salía de su boca, un aullido de animal sediento. Dos hombres, a quienes Rucio abrazando, llamó amigos y camaradas, y a quienes seguramente no conocía, aumentaron el bullicio. La alegría subió al rojo blanco, amenazando tomar proporciones de revuelta.

Yo, entretanto, me aburría; aquello repetíase con escasas variantes. Bostecé una vez y dos; sentía los ojos pesados y miraba a la gente, los espejos, los sillones, el techo. ¿Qué hacía allí? Me bebí de una vez una botella de cerveza, y me bebí otra, pero nada sucedía en mí mismo ni a mi alrededor; sentíame como anclado. ¿Cómo irme y dejar a mi amigo? Concluí por afirmar la cabeza en la pared, cerrados los ojos, como si durmiera…

—Buenas noches…

Sentada junto a mí estaba una mujer vestida de blanco, morena,

una mujer que no viera antes en el salón y que no sentí entrar ni llegar hasta mi lado.

—Buenas noches —respondí, mirándola con curiosidad, sorprendido por el saludo desusado allí, donde la gente se saludaba a gritos y a tirones.

—¿Tiene sueño?

—No…

—¿Por qué no baila?

—No sé bailar…

—¿Quiere que le sirva algo?

—Bueno…

Trajo dos vasos y una botella de cerveza y bebimos. Nos miramos mientras bebimos. Fue a dejar sobre la mesa los vasos y la botella y volvió a sentarse junto a mí. La miré entonces fijamente y sostuvo la mirada sonriendo: no era ni fea ni bonita, pero simpática, con la nariz correcta, la boca regular y carnosa, sin afeites, la barbilla un poco levantada. El cuerpo era redondito y gracioso. Llevaba aros de carey y un collar de cuentas de vidrios. Me sonreía y en su sonrisa no vi sino una sonrisa sin intención, como una sonrisa de amigo; los ojos oscuros y grandes sonreían junto con la boca. Cuando terminé de examinarla, me examinó ella: aquel joven no era feo ni buen mozo, serio, alto, delgado; la piel morena, casi cobriza, los ojos negros y de largas pestañas, la boca común; la frente alta y el cabello negro; nariz recta, firme. Era muy joven; el hombre nacía en él como una raíz lenta, pero segura.

—¿Está solo aquí?

—No, vine con un amigo.

—¿Con quién?

—Con Rucio.

—¿Es amigo de él, usted?

—Sí, trabajamos juntos… Y usted, ¿dónde estaba?

—Acostada, me dolía la cabeza.

Conversábamos, mirándonos de lado, pero torcí el rostro y la volví a mirar fijamente y ella sostuvo la mirada, sonriendo. Sentí que algo se me quedaba en la garganta e hice un esfuerzo, como si tragara saliva. Pasó. Continuamos conversando, a frases breves, a preguntas y respuestas, y poco a poco fui entregándome; ella me animaba con sonrisas. Parecía tener el don de inspirar confianza y

sus ademanes mesurados, sin la violencia de las otras mujeres, poseían cierta delicadeza que atraía; su voz era suave, sin mimos, llana. No parecía tener otra intención que la de conversar y rechazó a uno de los hombres que quiso bailar con ella, afirmando que no sabía.

Mientras charlaba recordé que aquella mujer era semejante en condición a las que momentos antes viera en la calle. Junto con recordar esto, me sorprendió descubrir entre aquellas mujeres y esta mujer una diferencia muy grande; Aquellas me intimidaban; esta, no. ¿Por qué? ¿Sería por su actitud y conducta, distintas a las de las otras? ¿Sería que se presentaba ante mí no como lo que era, sino como lo que quería ser? Esta posibilidad me confundió. ¿Qué quería ser y qué podría llegar a ser? Una especie de calor muy suave o de frío muy fino empezó a brotar de mi piel. Muchas veces había visto mujeres que me gustaron y que llegué a desear, aunque sin saber para qué las deseaba; pero eran mujeres que era necesario abordar, hablar, enamorar, acciones de las que había sido incapaz hasta entonces y que me parecían superiores a mis fuerzas, pues mi timidez se alzaba muy alto entre ellas y yo. Y he aquí que ahora, sin que yo hubiera hecho nada por ello, una mujer que empezaba a gustarme, que me gustaba ya, como me gustaron aquellas que no abordé, hablé, ni enamoré, aparecía a mi lado. Esta era una prostituta, pero en ese momento no discernía muy bien la diferencia que existe entre una mujer honrada y otra que no lo es. Criado en un ambiente familiar duro, casi cruel, del cual salí violentamente, expulsado por una presión que mi crecimiento espiritual no pudo resistir, sin haber tenido más intimidad femenina que la de mi hermana y la de mi madre, sin puntos de contacto exteriores que me proporcionaran medios de comparación, la palabra prostituta, hasta aquella noche, no había tenido para mí sino una significación abstracta. La primera significación concreta me la habían dado las mujeres que gritaban como comerciantes callejeros en las puertas de los burdeles de la Subida Clave. Aquellas lo eran. Y esta también lo era, pero, a pesar de serlo, no la sentía como tal… ¿Y por qué la iba a sentir como tal si sus ademanes, su actitud, sus gestos, sus palabras, no me causaban la impresión que me habían causado las otras? Lo era de una manera general, pero no de una manera particular, porque…

Una violenta discusión empezó dentro de mí, una lucha entre mi deseo y mi temor, entre mi curiosidad y mi ignorancia. Pero lo nuevo fue venciendo, y a medida que vencía, la sensación de frío y de calor aumentaba, crecía con mis reflexiones y mis pensamientos, que durante largo rato giraron alrededor de la mujer como la bolita alrededor del eje de la ruleta, sin saber dónde se detendría…

Un tumulto reventó en el salón: Rucio del Norte habíase quitado el vestón y de pie en el centro de la sala, reteniendo la carcajada, recibió en la cabeza el contenido de una botella de cerveza. El líquido le corría por las mejillas y el cuello, desapareciendo bajo la camisa, que se llenó de grandes manchas. Los hombres, riendo con estertores de asfixia, tirábanse contra los sillones, y las mujeres, hipando, despeinadas, gritaban como histéricas. La locura llegaba a la más alta gradación.

—¡Ah! —rugió Rucio—. ¡Pero ahora me toca a mí!

Tomó un vaso lleno de vino y cogiendo a una de las mujeres, a la que más reía y gritaba, alta, gorda, coloradota, se lo vació en el escote. La mujer dio un grito y se encogió al sentir que el líquido le corría por el pecho y el vientre, llegándole casi hasta las medias; pero reaccionó, lanzándose frenética contra él y llenándolo de puñetazos y pellizcos. Y él reía, gozoso, bajo aquella granizada de golpes que parecían hacerle cosquillas. Pero la mujer, tal vez ebria y quizás exasperada porque sus golpes no causaban el más leve daño o dolor al lanchero, dio un grito agudísimo y cayó al suelo gritando:

—¡Ricardo! ¡Ricardo!

Tiritaba, rechinando los dientes, vuelta súbitamente pálida; un revuelo se alzó en el salón. Los hombres se quedaron inmóviles y las mujeres, asustadas, corrieron hacia ella chillando. Después de un momento de estupor, los hombres acercáronse también y todos rodearon a la mujer, que gemía y echaba gruesas lágrimas a través de los párpados cerrados.

—Es un ataque de nervios…

—Tírale el dedo del medio; es muy bueno.

—¡Un paño con jabón y colonia!

—Un trago de orines de perro soltero —dijo un hombre, chungueándose.

Recibió en la cabeza un puñetazo que casi lo lanzó contra la mujer. Rucio la tomó en brazos y la llevó hacia el interior de la

casa; tras él fueron las mujeres y tras las mujeres los hombres, discutiendo todos sobre el mejor medio de detener los ataques nerviosos. La viejecilla, menuda y endeble, salió temblequeando tras ellos, mientras bisbiseaba como rezando:

—Esta niña, Dios mío, pobrecita…

—¿Qué le habrá sucedido? —pregunté.

—No es nada —respondió Yolanda—. Todos los sábados le da ese ataque; pero se le pasa ligerito.

—¿Y por qué todos los sábados?

—Quién sabe… Será porque bebe mucho o porque…

Quedamos silenciosos. Adentro se sentía el rumor de las conversaciones y algunas risas; los hombres aprovechando la oscuridad del corredor, hacían bromas a las mujeres; ellas respondían con bofetadas. Junto con quedar solo con Yolanda, mis propósitos anteriores se desvanecieron y enfriaron, y aunque me daba cuenta de que eso no era sino cobardía y poquedad, casi estupidez, no podía vencerme. Permanecimos así un instante, yo lleno de vergüenza y de irritación, sin hablar, sin moverme, sin mirarla, y ella, que se había percatado de que yo era tal vez vergonzoso o muy niño, callaba también. Pero como el silencio llegara ya a molestar, me tomó de un brazo y tal vez con ánimo de sacarme de aquella situación, me preguntó:

—Oiga: ¿está enojado conmigo?

La voz era conciliadora y tierna, y yo, que tenía los brazos afirmados en las rodillas y la cara entre las manos, volví el rostro hacia ella:

—¿Por qué voy a estar enojado con usted, si nada me ha hecho? Estoy enojado conmigo mismo.

—¿Por qué?

—Porque soy un tonto…

Comprendió ella lo que a aquel muchacho le sucedía y, acercándose más, me preguntó en voz baja:

—Cuénteme, a ver: ¿por qué está enojado con usted mismo? ¿Por qué es tonto?

Un sudor ardiente me brotó de las manos, del rostro, de todo el cuerpo. ¿Qué decirle y cómo decírselo? Mi deseo no tenía sino una dirección vaga y esto me impedía concretarlo en palabras. Nadie me había enseñado nada al respecto. Es cierto que no había necesidad

de decirle nada, pero yo tampoco sabía eso. Para mí todas las mujeres eran iguales, me imponían la misma timidez; solo se diferenciaban en que unas me gustaban más que otras. Por fin, con voz trémula, pareciéndome que era otro hombre el que hablaba, casi contra mi voluntad, horriblemente confuso, como si fuera a decir algo muy vergonzoso, muy íntimo, como una falta, respondí:

—Porque usted me gusta mucho y yo…

No alcancé a decir más: la voz se me cortó violentamente, como en un sollozo, dejándome la garganta llena de espasmos. Pero ella rio y tomándome del brazo me atrajo hacia sí y me dejé llevar y me acurruqué a su lado, donde quedé inmóvil, sintiendo que algo se deshacía dentro de mí, llenándome de una dulce laxitud, corriéndome por los músculos como un desvanecimiento. Una tenue sensación de frescura reemplazó el ardor. Sostúvome ella la cabeza sobre el hombro. Con los ojos semicerrados miraba a través de las pestañas mis manos, que reposaban en su falda, y en esta actitud no sentía sino una sensación de ternura, de reposo, de quietud.

La voz de Rucio me sacó de mi ensueño:

—¡Miren, qué niñito! Lo traigo aquí de visita y en cuanto me descuido y salgo, me roba la chiquilla… Oiga, suegra, ¿no me había dicho que la Yolanda era para mí? ¿Así es que yo… he gastado aquí todo el sencillo que tenía y ahora me tengo que ir sin un cinco y sin chiquilla?

Pero las bromas no me avergonzaban ya. La viejecilla, mientras se dirigía a su asiento junto al piano, contestó:

—¡Bah! ¿No tienes ahí otras cuatro novias?

—¿Novias? ¿Llama novias a estos pejesapos?

Estallaron las risas y se reanudó la juerga, pero ya sin bríos, flojamente; notábase que Rucio estaba cansado, saciada quizás su sed de todo, y lentamente se fue aquietando, apagándose como un ascua; se le ensombreció el rostro, y las facciones, que fueran relajadas por la alegría, apretáronse de nuevo como un puño. Permaneció un rato sentado, sin hablar, sin reír, serio, como si pensara en graves asuntos; con él enmudeció el salón; los hombres se retiraron, y las mujeres, el rostro abochornado por la bebida o el entusiasmo, echábanse aire con las manos. Parecían vacas cansadas. Quedó todo en silencio; la viejecilla dormitaba.

Rucio se levantó:

—Vamos, Eugenio… ¿O te quedas?

Sentí que Yolanda me apretaba una mano:

—Vuelvo… Bueno, Rucio, vamos…

El lanchero miró a todos los que allí estaban, como sorprendidos de verlos; parecía despertar de un sueño agitado y su rostro mostraba una expresión de extrañeza. Quiso hablar, pero no hizo sino murmurar algo que no se entendió: por fin encaminóse hacia la puerta.

—No te demores.

—Oye, Eugenio, si quieres quedarte, quédate —me dijo Rucio, ya en la calle.

—No, te voy a acompañar…

—Vivo cerquita.

Estaba borracho, pero cuando intenté tomarlo de un brazo me rechazó y echó a andar por el centro de la calle, baja la cabeza, las manos en los bolsillos, el sombrero inclinado hacia una oreja, amenazando caérsele; lo equilibraba a manotazos:

—Este sombrerito cree que estoy borracho y se me quiere caer, pero a mí… ¡Hem! No se han reído las mujeres de mí y se va a reír un sombrero. ¡Capaz que me lo coma y no…!

La Subida Clave estaba casi desierta y la atravesamos rápidamente. Rucio marchaba a buen paso, tieso como un puntal; solo cada cierto trecho balanceábase un poco, como si una ola invisible lo zarandeara; rezongaba y juraba entonces, pero restablecido el equilibrio, enmudecía. Dejamos a la izquierda la Plaza Echaurren y tomamos una calle que ascendía otro cerro, ancha, iluminada con faroles a parafina, desolada y silenciosa. Rucio no vivía muy arriba y apenas recorridas dos cuadras se detuvo frente a una ancha puerta:

—Déjame aquí… Hasta mañana, ñatito.

Me abrazó tiernamente, diole otro puñetazo al sombrero, que con el abrazo se le torciera más, y virando como un falucho cargado de vino y cerveza se hundió en la oscuridad del conventillo. Lo oí rezongar y un tarro rodó sobre el pavimento del patio, despertando a un perro, que ladró. Después, nada.

Respiré con fuerza y empecé a bajar. La noche estaba estrellada y parecía haberse dormido sobre el puerto. Un viento fresco subía del mar. Me sentía liviano, ágil, sin ningún temor, sin ninguna

preocupación. Pasé frente a la Plaza Echaurren. Un tortillero gritó:

—¡Tortillas buenas!

No sentía hambre. Ascendí la Subida Clave y torcí por la callejuela; allí empezó a latirme el corazón; no me detuve y llegué hasta la casa pequeña y humilde. Una hoja de la puerta se veía cerrada. Tras ella estaba Yolanda.

5

Durante el día la vida parecía detenerse en aquella casa. Sus habitantes, como dominados por un ensueño, hablaban con voz velada e indiferente. La viejecilla, que yacía en cama todo el día, solo se levantaba al anochecer, y las mujeres, levantadas a mediodía, luego de limpiar y arreglar la casa, juntábanse en una de las piezas, donde charlaban o callaban, cosían u holgaban, recostadas en viejos sillones de felpa roja. Allí permanecían toda la tarde. La conversación giraba siempre alrededor de los mismos motivos, como un murciélago alrededor de la misma torre. Ignoraban y no les interesaba la vida que bullía más allá de la mampara, como si sus destinos tuvieran por definitivos límites las paredes de sus cuartos. Nacían los días en el mar, henchíanse sobre los cerros y desaparecían tras ellos, sin que sus pasos se percibieran en el interior de la casa; parecían no verla, tan pequeña y tan humilde.

Al anochecer empezaban las mujeres a peinarse, a vestirse, y lo hacían de mal modo, mecánicamente, como quien hace algo que sabe inútil pero que es forzoso hacer. Era preciso ganar el pan, día a día, y siendo este el pensamiento que las animaba, era también el que las desanimaba. Las visitaba casi todas las tardes; llevaba galletas o pasteles y tomábamos té en la habitación de la viejecilla, que me llamaba «hijito» y me daba cariñosas palmadas en las mejillas, considerándome quizá como un individuo del mismo clan. Conversaban las mujeres. Las más de las veces, yo callaba; mejor dicho, pensaba o divagaba. No recuerdo bien lo que hacía. En esos días mi vida vacilaba entre la alegría y la desesperación. Porque al instante aquel en que entregara a Yolanda el deseo que durante tanto tiempo guardara en mi corazón y en mis venas, sin saber

claramente a quién lo entregaba, impulsado por el ansia ya incontenible de darlo a alguien, había sucedido otro instante, en que mi alma aún pueril conoció las primeras angustias del sentimiento amoroso. ¿Amoroso? ¿Sería así amar? ¿Serían así todos los amores? ¿Cómo podía vivirse y quererse así? Cuando yo no estaba en la casa, ¿qué hacía ella? Y las noches que yo no iba, ¿qué sucedía allí? No ignoraba lo que era ella ni lo que era aquella casa y no podía impedir nada sino estando allí, y no podía estar siempre… Eso era lo que me torturaba, lo que me quemaba la sangre. Mostrarme indiferente era ser indigno; ser indiferente era reconocer que no la quería, y la quería. ¿La quería? Creía que sí, decía que sí ya que recordaba constantemente sus palabras, sus gestos, sus sonrisas, sus caricias. Como todo hombre de pasiones súbitas, creía que aquel primer amor de mi vida sería también el único. Algunas veces me desesperaba y sentía ira, ira contra mí mismo, ira contra ella, contra la casa; pero me apaciguaba. Era tonto… ¿Qué culpa tenía Yolanda de que yo la quisiera? ¿Por qué no dejaba de quererla y la abandonaba? No me exigía nada, que la quisiera o no la quisiera; pero esto también me desconsolaba, pues no era sino un amigo favorito, destacado de los demás gracias al cariño o afecto que le demostraba, cariño y afecto que cualquiera mujer de su condición acepta siempre. Si yo dejara de quererla, ¿le importaría a ella? Quién sabe… ¿Creía Yolanda en mi cariño o lo consideraba como un pasajero capricho de muchacho? Quién sabe… ¿Qué es lo que sabes, entonces? Quién sabe… Mi sentimiento estaba compuesto de muchas preguntas y de muchos quién sabe, como el amor de quien no está seguro de nada, de sí mismo ni de los demás. Sin embargo, había un camino, una fórmula que podía resolverlo todo: sacar a Yolanda de aquella casa y llevármela conmigo. Era el camino de la honradez, el único, pues para mí, tal vez por mi carácter, quizás por mi ignorancia, no existían sino las líneas rectas; o la dejaba de querer o la llevaba conmigo… Pero cuando iba a resolverme por lo último, sentía como si se me cayeran los brazos, y cuando lo primero, me sucedía lo mismo… En realidad, no sabes lo que quieres ni lo que vas a hacer.

—Pero ¿no te parece, Rucio, que sería lo mejor?

Había hecho de Rucio mi confidente. Alejandro, a pesar de su sonrisa y de su bondad, me intimidaba; parecía estar siempre bajo

el dominio de su idea obsesionante: el Sindicato. Para el capataz de la W. y Cía. No existía sino el Sindicato, la lucha social, la emancipación obrera, la expropiación de los bienes privados y su reparto a la comunidad. Cualquiera otra cosa le era indiferente y las mismas mujeres lo eran para él. Su pasión por las cuestiones sociales excluía toda otra pasión, y yo, que me daba cuenta y por ello admiraba y quería a Alejandro, no me atrevía a hablarle de mi pasioncilla, convencido de que a un hombre así, que solo pensaba en graves problemas, era ridículo hablarle del amor de un chiquillo por una mujer cualquiera. Así pues, y casi a mi pesar, era a Rucio del Norte, espíritu despreocupado, acogedor de todo y sin preferencia por nada, a quien se dirigían mis reflexiones, mis cavilaciones; a cada momento tenía algo que decirle, y el lanchero me escuchaba bondadoso, con aire casi paternal, sonriendo de mis ingenuidades y tonterías, extrañado de que alguien pensara en tales cosas y se ocupara de ellas hasta ese extremo. Cierto que yo no pasaba de ser un muchacho pero él también lo fue y seguramente no recordaba haber pensado tanto en una cosa tan sencilla, ni aun en otras más enredadas. Nunca me dio el más breve consejo, pues además de que no se los pedía, no habría sabido qué decirme; en amor no tenía Rucio sino la más elemental experiencia, ya que para él el amor no había tenido nunca complicaciones sentimentales. Sin embargo, cuando le confesé mi propósito de sacar a Yolanda de aquella casa, para llevármela a vivir conmigo, dio un respingo:

—¡Pero, Eugenio, estás loco!

—¿Por qué? —pregunté, asustado.

—¿De dónde diablos sacas tantas cosas y hasta cuándo te vas a llevar pensando en eso? Me parece que estás poniéndote tonto… ¿Para qué quieres sacar a Yolanda de allí?

—Para que viva conmigo…

—Pero, hombre, por diosito, no digas tonterías… Uno se lleva una mujer a la casa cuando no se puede hacer otra cosa; pero a ti no te sucede eso. ¿Piensas casarte con esa mujer?

No supe contestar claramente.

—Y si no quieres ni piensas que sea tu mujer, ¿para qué la quieres entonces? ¿Para querida? Ya lo es, sin necesidad de que vivas con ella.

—Pero es que sufro pensando…

—Pero si eso que piensas ahora debías saberlo desde el principio. Uno sufre cuando las cosas suceden o van a suceder; pero cuando han sucedido siempre o hace tiempo que sucedieron… Además fíjate de quién se trata y no seas niño.

—Yo la quiero…

—¡Qué vas a querer tú! Estás… entusiasmado con ella y la olvidarás tan pronto como conozcas otra. A todos los hombres les pasa lo mismo con la primera mujer…

Era la sencilla voz de la cordura humana; pero esta voz no fue para mí sino la voz del egoísmo. Desconocía aún la vida y desconocía asimismo mis sentimientos, aquellos sentimientos que brotaban por primera vez en mí y que no sabía valorar ni apreciar, ni mucho menos colocar en su exacto puesto. No comprendía las cosas como Rucio, aunque tampoco sabía claramente cómo las comprendía yo mismo. Parecía un hombre desatando un nudo que no hay necesidad de desatar y a quien las dificultades van interesando primero, enardeciendo después y enfureciendo al último, concluyendo por cortar el nudo con una tijera o arrojándolo al diablo…

Hasta que un día amaneció fondeado en la bahía, como si la noche lo hubiera traído, un barco blanco, grande, con dos chimeneas coloradas.

—¿Qué barco es ese, Alejandro?

—El «Limarí». Hace la carrera hasta Panamá.

Innumerables botes y chalupas lo rodearon sin acercarse. Esperaban la orden de arrear la escala para lanzarse sobre él como insectos sobre un animal muerto. El cielo estaba nublado esa mañana y daba al mar un reflejo lechoso, de cinc líquido. Resonó la voz tenante de la sirena y los botes y chalupas arrancaron hacia el vapor; se veía remar apresuradamente a los boteros, con brazos que a la distancia eran como antenas de escarabajos. En un minuto el barco estuvo rodeado de embarcaciones y la escala negreó de hombres que gritaban como descosidos y accionaban como destornillados y que subían a la cubierta y recorrían a prisa los pasillos y metían la nariz en los camarotes, mirando a todo el mundo con aire de querer llevárselo a tierra aunque fuese a la fuerza:

—¡Patrón; a tierra! ¿Bote, patroncito? ¡Déjate, porquería! ¡Aquí,

caballero, aquí! ¡Qué hubo, pues, Joaquín! Número 23, señorita, Juan Gómez: aquí está la chapa… ¡Atraca el bote y cierra la boca, jetón! ¡Por la madre! ¿Dónde te fuiste, caballo? ¡Bah!, lo que faltaba ahora…

Yo que pasaba con la lancha cerca del barco, reía al ver las carreras y las disputas de los boteros, que se amenazaban con los remos y se obsequiaban con los más atroces insultos, sin escuchar los que les devolvían, pues en ese instante sus intereses eran superiores a su dignidad.

—Parecen ratas…

—¿Ratas? Ya lo creo… Son capaces de robarse el ancla y cobrar el viaje…

Eché el trapo… Habíame levantado de buen humor y el espectáculo del barco asaltado me regocijaba, ignorante de que en las calderas traía un acontecimiento decisivo para mi vida. Aquella tarde, al entrar en la pieza de Yolanda, no la encontré sola: un hombre estaba con ella, un hombre joven, moreno, con cara aplastada y redonda como una moneda de cobre; un hombre que al verme entrar no hizo ademán alguno de levantarse o marcharse, como si tuviera tanto derecho como yo para estar allí. Sentada en la cama, Yolanda lo escuchaba hablar; estaba sentado en un sillón, frente a ella, y me miró fríamente, sin curiosidad, continuando enseguida con su conversación. Sorprendido, saludé con torpeza y me quedé de pie junto a la puerta con el sombrero en la mano. Yolanda me invitó a sentarme en la cama, junto a ella, pero rehusé y el hombre, cuya charla había sido interrumpida dos veces por mi causa, luego de echarme una nueva mirada, ahora con más atención, reanudó otra vez su discurso. Tenía junto a las rodillas, sobre la felpa del sillón, un sombrero de alas cortas; su traje era de color claro y con amplios pantalones. La corbata roja resaltaba sobre la camisa verde, de un verde muy suave; los zapatones, con anchas cintas, eran colorados. El hombre tenía muy brillante la piel del rostro, sobre todo en los pómulos, y la dentadura muy blanca. Era un vaporino, tripulante del «Limarí». Llevaba los cabellos cuidadosamente peinados… Hablaba del viaje, narrando pequeñas peripecias de la vida de a bordo, su estada en los calientes puertos del trópico, sus andanzas por los barrios turbios y sus aventuras amorosas, que celebraba riendo y que a mí me parecían sin gracia.

De aquel hombre desprendíanse una fatuidad y una suficiencia que herían como un insulto. Cuando se cansó de hablar sacó del bolsillo un paquete y dijo aún:

—Te traje un regalo, Yola…

Y yo, que durante ese rato había procurado adivinar qué hacía allí aquel hombre y qué relaciones lo unían a Yolanda, al oír la última frase creí comprenderlo todo. Exclamé:

—Buenas tardes.

El hombre me miró extrañado y ella se levantó:

—¿Te vas?

—Sí —contesté, entre dientes.

Y salí. Pero ella me alcanzó en el patio, tomándome de un brazo:

—Oye…

—Déjame —dije duramente.

—Pero ¿qué te pasa?

—Déjame por, favor —exclamé, fuera de mí, sintiendo deseos de pegarle. Me desprendí y salí hacia la calle. La sangre hervía y borboteaba en mi corazón y las palabras y los pensamientos se me atropellaban en la lengua y en la cabeza.

—¡La mato! —dije de pronto.

La idea surgió como un toro bravo, y tras esta, que había logrado romper la congestión, fluyeron otras y con ellas vinieron las imágenes violentas, las visiones de color rojo y negro.

«¡Por mi madre!… No sé…, me…, ya no soy un niño, y esa mujer y ese hombre; nadie se ríe de mí aunque me maten, la vida qué me importa, porque soy hombre, bien hombre y no me importa nada de nada, ni mi madre; ese hombre y esa mujer qué hacen; el vapor “Limarí” aquí y el vapor “Limarí” allá, vamos a ver…».

Me enredaba en las palabras y en las ideas, sintiendo rabia también por ello; algo como fulguraciones me abrasaban y sentía deseos de gritar hasta rasgarme la garganta y de azotar la cabeza contra las piedras de las esquinas. Si me hubiesen herido en ese momento no lo habría sentido, y si la herida hubiese sido de muerte, habría muerto pensando que era otro el que moría, de tal modo mi vida era ajena a todo aquello que fuese ajeno al acontecimiento que vivía. Iba ceñudo, llena la cara de arrugas; el cuerpo me vibraba. No veía las casas ni las personas, ni el cielo ni el mar, y solo la costumbre me llevaba a través de las calles, como un

perro a un ciego. Así llegué al muelle y mi sorpresa fue grande al encontrarme frente al mar; me parecía que aunque andaba no me movía ni iba a ninguna parte, no queriendo tampoco ir a ninguna. Me hubiese gustado seguir, seguir entregado a mi infierno, hasta que, apagado, hubiese muerto. Pero allí estaba Rucio y lo tomé de un brazo y lo saqué del grupo en que charlaba y reía, diciéndole enseguida, como si tuviera prisa:

—He encontrado un hombre en la pieza de Yolanda; no te rías, animal; sé que a ti te parecen tonterías todo lo que digo y pienso, pero no me importa, tengo que decírselas a alguien, si no, reviento. He encontrado un hombre en la pieza de Yolanda y no sé quién es ni me importa saberlo; creo que es tripulante del «Limarí»…, le trae regalos. ¿Por qué le trae regalos? No sé, pero tengo que saberlo.

—Por qué no se lo preguntaste a él…

—Me dio tanta rabia que no supe qué hacer… Yo sé que no puedo tener celos porque… Pero si no puedo tener celos de un hombre cualquiera, los puedo tener de un amante, y ese hombre…

—Bueno: ¿y qué culpa tengo yo?

Rucio bromeaba, queriendo distraerme, pero me planté frente a él mirándolo con fijeza, los dientes y los labios apretados, como quien espera un golpe; la cólera me dilataba las ventanillas de la nariz. Lo cogí de un brazo y levantando la mano derecha, como si fuese a darle una bofetada, le pregunté:

—¿Eres mi amigo o no?

—Lo soy.

—Entonces si eres mi amigo y si eres hombre, no te burles; o ándate, déjame solo…

Rucio me miraba extrañado. Ya no era yo el jovencito que conoció una mañana a bordo del remolcador y de quien se reían los lancheros al verlo colgado como gato de las tinas de carbón o de las redes cargadas. Había perdido aquel aspecto; me mostraba recto, con los hombros ya henchidos de músculos, el pecho erguido y la espalda tiesa. Me abrazó:

—No te enojes, ñatito, y dime qué quieres… ¿hay que pegarle a alguien?

—No sé. Te pido que me acompañes esta noche a la casa de Yolanda. Nada más.

Nos quedamos de pie en la orilla del malecón. La noche arribó a

poco y el mar se llenó de luces y de reflejos, de manchas y de sombras. Era la hora en que los vapores parten huyendo de la noche, para ir a buscar el amanecer y la luz más allá de los mares de las alturas de Coquimbo; la hora en que zarpan en sus botes y chalupas los pescadores de Caleta Jaime y del Membrillo, para retornar al amanecer, calados hasta los huesos y con las redes espesas de pejerreyes, de rojos congrios, de pardas corvinas. Un tren partía hacia el sur y su campana sonaba y resonaba, despidiéndose del mar. Estaba silencioso; mi ira había disminuido desde que tomara la resolución de aclarar el asunto; pero mi ánimo estaba como una espada, pues si bien el fuego se había apagado, su obra subsistía. Rucio, sentado en la muralla, cantaba en voz baja su tonadita predilecta:

Salí de Cuba,
con rumbo a México,
En un vapor para Nueva York…
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tor!

Imitaba las notas de una guitarra. Los trabajadores nos saludaban al pasar; yo contestaba algo que no se entendía y Rucio cantaba:

Saltó a la lancha, la cubanita;
su lindo talle luciendo va…
Los marineros se vuelven locos
y hasta el piloto pierde el compás.
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tás!

—Vamos a comer…
—¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-ter!
—¿La vas a cortar o no?
—¿Por qué la voy a cortar, si me gusta? Estoy contento y canto… ¿O crees que me asusto por unos puñetes más o menos? Si yo reuniera todos los puñetes que he dado y que he recibido en mi vida, tendría para llenar una lancha y me sobraría para anclarla…

Después de un año de no ver tierra,
porque la guerra me lo impidió,

divisé el puerto donde se hallaba
la que adoraba mi corazón…
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tor!

Continuó bromeando durante la comida y comió con el apetito de todos los días. Yo comí apenas; tenía la garganta como cerrada, duros los músculos de la cara, impidiéndome masticar, rechazándome los alimentos, como materias demasiado blandas para el momento de rigidez que vivía. Mis músculos, mis nervios, mis pensamientos, mis palabras, mis sensaciones, estaban detenidos en aquel momento, pero vibraban y vibraban, como si una contracción o un calambre los apretara y detuviera con elásticos y duros anillos; esperaban tal vez que otra impresión fuerte, más fuerte que la que los detuvo, viniera a libertarlos, devolviéndoles su juego libre, desembarazado. Rucio, entre broma y broma, entre bocado y bocado, me miraba con sus ojillos azules.

—Sí, sí… —suspiró—. Parece mentira, pero es así…

—¿Qué cosa?

—Las cosas son así… Los hombres no pueden vivir tranquilos y andan siempre buscándose enredos; a unos les da por una cosa y a otros por otra, el juego, el vino, las mujeres, el Sindicato…

—Y a ti, ¿por qué te da?

—A mí me da de todo y de repente, como la rabia a los perros, pero a lo lejos y de pasada, porque no me fondeo como los otros, como tú, que apenas llegaste a la primera caleta te quieres amarrar hasta de la nariz… ¡Qué laya de marinero! ¡Jua, jua, jua! Es para reírse y escupir por el colmillo…

—Cállate, y vamos.

—Sí, vamos.

Rucio iba, como yo, en ropa de trabajo, vestido y pantalón muy usados y de color indefinible. La camiseta, manchada de tierra y de transpiración, pegábase a la piel, ondulando con los movimientos de los músculos. Calzaba alpargatas, sin calcetines.

La marcha fue lenta y dolorosa para ambos: para Rucio, porque a medida que la distancia disminuía, acercando los acontecimientos, sus nervios se irritaban y destemplaban. Había dicho que no temía a los golpes, y era cierto; pero ignoraba qué iba a ocurrir y si lo que ocurriría sería solamente una simple riña de burdel o algo más grave, y esta incertidumbre, junto con el pensamiento de su

responsabilidad, le enardecía. Tal vez le hubiera gustado estar ya en medio del desorden, riña, homicidio o lo que fuera, o estar con la cabeza rota y la nariz magullada, pero haber terminado ya. Tenía la convicción de que yo iba dispuesto a todo, y aunque temía que su amigo fuese herido, no podía hacer otra cosa que acompañarme, acompañarme hasta donde yo quisiera ir y más allá aún… Para mí, porque la proximidad de la casa, de la mujer y el hombre, que suponía reunidos, agudizaba de nuevo mi dolor y mi ira. Sin embargo, mi dolor y mi ira eran ahora fríos, blancos, quemantes, y no me sentía confuso ni aturdido, viéndolo todo claro, limpio. Toda mi persona era una máquina perfectamente limpia y lubricada, esperando la orden de ponerse en marcha hacia donde yo quisiera, sin ruido, pero con vehemencia. Sentía que me dominaba por completo y que hubiera podido en un esfuerzo de todo mi ser y aun a riesgo de romper brutalmente el equilibrio, tomar una calle cualquiera y evitarlo todo… Pero seguí, la costumbre me llevaba y seguí hasta llegar a la casa de Yolanda. Al entrar, Rucio se puso ante mí y me dijo:

—Oye, Eugenio…

Pero lo aparté:

—Déjame…

Rucio se encogió de hombros y cerro los puños. Dentro se sentía cantar. Bajamos la escalera, abrimos la mampara y llegamos al salón. Había allí tres hombres que bailaban y entre ellos el vaporino. Las mujeres, al verme, cesaron de bailar; enmudeció el piano y calló la cantora. Yolanda vino hacia mí:

—Eugenio…

La miré como si no la conociera; no era a ella a quien buscaba. Mis ojos buscaban y veían solamente al vaporino, que estaba de pie en el centro del salón, el pañuelo colgando de la mano derecha, bien plantado, musculoso, fogonero quizás, diablo gris aceitero tal vez, con los pómulos brillantes y los ojillos de mono reluciéndole bajo las cejas negrísimas. Me detuve ante él y afirmándole el dedo índice sobre el pecho le dije:

—Hay un asunto que tenemos que arreglar entre los dos…

La voz, sin vacilaciones, resonó claramente en el salón silencioso. Nadie intentó hablar o intervenir, ni la misma Yolanda, que seguramente estaba sobrecogida de estupor y de miedo. Rucio

había quedado ante la puerta, y su cuerpo, los brazos cruzados y las piernas abiertas, ocupaba casi todo el vano. Por allí no se podía salir sino a costa de un porrazo serio. Pero el vaporino, sorprendido al principio, se repuso, y al ver que la riña era inminente, no intentó salir ni dar o pedir explicaciones de ninguna especie: se atendría a lo que resultara. A pesar de su fatuidad era hombre decidido y hasta valiente y comprendió que lo necesario era batirse cuanto antes. Retrocedió, pues, un tanto y mirándome fijamente dijo:

—¿Y qué, pues?…

Recibí el golpe en la boca; un hilo de sangre me corrió rápidamente hacia la camiseta. Avancé, gozoso y rabioso, y el vaporino, alcanzado por un puñetazo en el corazón, derrumbose sobre una mesa llena de botellas de cerveza y de grandes vasos de vino.

—¡Jem! —dijo.

Un agudo grito de mujer se oyó en la calle. Al mismo tiempo, un vaso reventó contra un espejo, y yo, que me había agachado, me incorporé, estiré el brazo como una honda y el tripulante del «Limarí», herido en la ceja por el botellazo, ciego de sangre, se sentó en un sillón, con la mano en la frente, como si se dispusiera a pensar. Lo esperé un instante, como desafiándole a que se pusiera de pie y reanudara la lucha; pero el hombre tenía bastante con lo que tenía, y no se movió nadie, ni el mismo Rucio, que me miraba abriendo la boca.

—¡Vamos, Rucio!

Pero dos policías, que habían sido atraídos por los gritos que Yolanda daba en la calle, llegaban:

—¡Qué pasa aquí!

Fui detenido. Yolanda lloraba con ahogados sollozos y gritos contenidos; las demás mujeres lloraban también; la viejecilla, pobre viejecilla, quería hablar y no podía. Rucio estaba mudo. El herido fue sacado a la calle junto conmigo; la sangre le cubría ya toda la pechera de seda verde y las largas solapas del vestón claro. Un policía se llevó al herido y otro a mí. Rucio me acompañó hasta la puerta de la comisaría; allí nos despedimos con un apretón de manos.

6

Sesenta días más tarde, al finalizar ya el sexagésimo, el cabo de guardia de la Sección de Detenidos abrió la puerta para dejarme en libertad:

—Mucho cuidado en volver por acá…

—Con una vez basta, cabito…

Salía de la prisión delgado, con una delgadez de animal sano. Llevaba un atadito de ropas bajo el brazo. Caminé, al principio un poco desorientado, mirando en el cruce de las calles hacia un lado y otro, como si dudara qué camino tomar; pero de improviso apareció en mi memoria el orden de la ciudad y anduve ya sin vacilación alguna. ¿Por qué no habría venido Rucio a esperarme? Los dos lancheros me visitaron cada domingo, llevándome ropa limpia, café, azúcar y cigarrillos, pues la cárcel me enseñó a fumar, y diarios y revistas. Miguel me visitó una vez, y Yolanda fue también dos veces; no hizo otra cosa que llorar. Dejó de ir, y Rucio, exigido por mis preguntas, me contó que Yolanda había dejado la casa, marchándose no se sabía dónde, tal vez al norte, quizás al sur… Con gran sorpresa mía, la noticia no me afectó mucho. ¡Qué curioso! Tanto que me parecía quererla. Por ella hice lo que hice. ¿Por ella? Realmente, por ella no. ¿Por qué entonces? El vaporino no me conocía, no ocurrió entre ambos nada que justificara mi actitud de violencia y solo una sospecha hubo, que no sabía aún si era infundada o cierta. ¿Por qué peleé entonces con él, y por qué lo herí? Quién sabe… Quizás porque veía en él a todos los hombres que habían poseído, que querían o pretendían poseer a Yolanda, esos hombres que me desesperaban y torturaban cuando pensaba en ellos y en ella y a los cuales no podía detener ni impedir nada… Sí; lo sucedido no había sido sino un asunto personal, de mí mismo, en

el que la mujer no tomó parte alguna. Sí, eso fue. Pero todo terminó. Ella había desaparecido y yo estaba libre. ¿Dónde estaría Yolanda, con su cuerpo redondito y gracioso, su boca caliente siempre y sus manos frías, cuyo contacto me causaba estremecimientos? Y si la viese de nuevo, ¿la volvería a querer? ¿Por qué no? Guardaba ternura por ella, la mujer que arrancó mi primer suspiro amoroso, ese suspiro de alegría o de pena que sale de las venas más profundas del hombre y que refresca y calma.

Pero, a pesar de mi libertad, de mi hermosa libertad, sentíame un poco triste. Esos sesenta días de prisión depositaron en mi espíritu residuos amargos, borras turbias, sedimentos espesos, como si por mi interior hubiesen corrido, durante dos meses, los desperdicios de una fábrica, de una mina o de un conventillo, desperdicios que bullían y se inflaban en mí como levadura innoble y a los cuales la inmovilidad ayudó a aconcharse. Necesitaría ahora para limpiarme y aclararme, jornadas de fuerte trabajo, días de fatiga, movimientos enérgicos, que obraran en mí como restallantes chorros de mangueras; volver al mar y a sus olas, a su viento y a su sol de oro, a sus gaviotas y a sus lanchas, a sus largos gritos en el atardecer… Al pensar en esto apuré el paso, como si temiera llegar tarde a alguna parte o como si el mar fuese a partir de un momento a otro… Pero no partiría; allí estaba, como siempre, lo mismo que todos los días. Lo vi al atravesar una calle, vi su rostro verde y azul que mira eternamente al cielo, como si esperara algo; su rostro cambiante e idéntico, tan pronto plácido como inquieto, tan pronto liso como un espejo como rayado de olas; su rostro, que parece reflejar los estados de ánimo de alguien que jamás cesara de pensar y de sentir, que no durmiera nunca ni reposara, preocupado de todo y hacia quien todo fuese a dar, desde la luna nueva hasta los cachuchos de los guachimanes.

La muchedumbre me envolvía como antes y me revolvía gozoso entre ella. Caminaba, sin embargo, de un modo torpe, olvidaba casi mi agilidad de hombre ciudadano. Pero ya la readquiriría. No estaba muerto ni lo estuve; solo había estado inmóvil, como antes en los faluchos cargados con seda; pero abandonaba la guardia y volvía al libre juego de mi personalidad.

«¿No es cierto, Rucio? ¿No te parece, Alejandro?».

¿Dónde estarían mis camaradas? Seguramente, agarrados a las

tinas oscilantes y a las redes crujientes, como imágenes del hombre en el mundo, luchando con ellas, dominándolas para poder vivir. Subí el cerro de un tirón, contento al ver que mis músculos me obedecían sin resistencia ni cansancio. Entré en la casa en que vivía Alejandro, y como no viera a nadie en el patio llamé en la habitación de la mayordoma. Apareció una vieja arrugada, menuda, blanca, que me miró por encima de sus anteojos:

—¡Vaya, niño! ¿Ya te largaron?

—Sí, doña Josefina, ya.

—¿Ha visto? Tan joven y ya metido en averías… ¡Buena cosa! ¿Quieres la llave?

—Sí, señora.

—Tómala, y ya sabes: si necesitas componer alguna ropita habla con la vieja Josefina…

—Muchas gracias, abuela…

Sonrió la viejecilla. Abrí la puerta y entré. La habitación estaba tal cual la dejara: la cama, las sillas, una mesa, un baúl, el estante derrengado con sus libros en rústica, libros siempre empezados a leer y nunca terminados. Sobre el velador había uno, blanco, con el retrato de un hombre barbudo en un extremo de la tapa. Me acerqué y leí: «P. Kropotkine: La Conquista del Pan». Lo abrí al azar: El pueblo sufre y pregunta: «¿Qué hacer para salir del atolladero?».

Pensé en ello durante un segundo y no se me ocurrió ninguna solución. Quién sabe si Alejandro la tenía… Me lavé, me cambié de ropa y salí. Aún quedaba un poco de sol en los cerros, pero el mar y el plano oscurecían ya. Las embarcaciones semejaban una bandada de patos que se hubieran abatido sobre la bahía para pasar allí la noche. Cuando llegué al muelle empezaban a desembarcar los lancheros y jornaleros. Pregunté por mis camaradas a un conocido y me informó:

—Trabajan a bordo del «Imperial», que zarpa mañana para Guayaquil. Pero ligerito han de llegar…

En efecto, llegaron enseguida; nos abrazamos sonriendo, un poco emocionados, dándonos tremendas palmadas en los lomos.

—¿Así es que trabajan en el «Imperial»?

—Sí, en el «Imperial».

—¡Y nos vamos también en el «Imperial»!

—¿Se van? ¿A dónde?

—¡A freír monos a Guayaquil!

—¿De veras?

—Sí, mañana zarpamos. Por supuesto, usted se irá con nosotros…

—¿Yo?

—Claro… Usted es nuestro compañero de cuadrilla y lo será hasta que quiera serlo o hasta que se muera.

—Sí, pero…

—Si no quiere ir, es otra cosa…

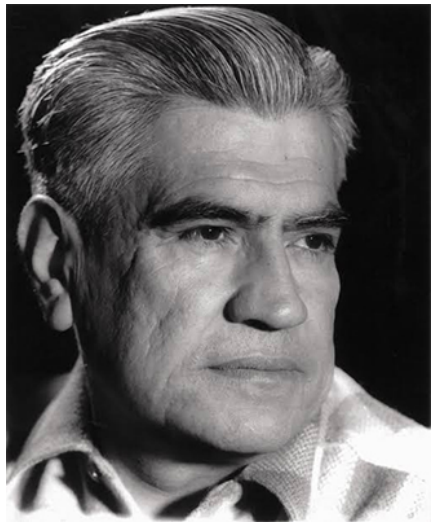
—No, pero me sorprende…

—No te sorprenda nada y vamos a comer; mañana o pasado hablaremos más; pasado, mejor, porque mañana no tendremos tiempo ni para respirar… Tengo hambre, sed y sueño: las tres virtudes del flojo.

Comimos, y comimos otra vez como antes: silenciosos, medio dormidos, sin deseos de hablar, pensando en la cama y en el trabajo del día siguiente. Nos separamos a la salida; Rucio murmuró:

—Hasta mañana.

Iba medio dormido ya. Nosotros también teníamos sueño y la cabeza, pesada, nos caía sobre el pecho.



MANUEL ROJAS SEPÚLVEDA, escritor chileno, (Buenos Aires, Argentina; 8 de enero de 1896 - Santiago, Chile; 11 de marzo de 1973)

De padres chilenos, nació en la ciudad de Buenos Aires. Su infancia se vio alterada por constantes traslados desde la capital argentina a Chile, hasta que cruzó la frontera definitivamente con dieciséis años y ejerció las más diversas actividades laborales, habiéndose formado de modo autodidacta, ya que la temprana muerte de su padre le obligó empezar a trabajar con solo once años.

Manuel Rojas ejerció de pintor, electricista, vendimiador, peón del ferrocarril, aprendiz de sastre y actor en compañías teatrales con las que recorrió gran parte del país. Con todo llegó a ser articulista en *Los Tiempos* y *Las últimas noticias*. Viajó, tras enviudar, por Europa, Sudamérica y Oriente Medio, llegó a ser profesor en la Universidad de Chile y recibió el Premio Nacional de Literatura en 1957.

Dedicó, no obstante todas sus ocupaciones, una gran parte de su vida a la creación literaria, con más de treinta publicaciones entre 1921 y 1971. La riqueza de su personal estilo dio obras de una brillante calidad poética y narrativa. Su expresión intimista, a partir

de vivencias personales le permitió adentrarse en el mundo de los sentidos y de la psicología de sus personajes, logrando que parte del pueblo chileno se identificara claramente con los protagonistas y los ambientes de sus relatos.

Con el cuento *El vaso de leche* inauguró el surrealismo chileno; ello ilustra hasta qué punto Rojas fue creativamente innovador en la narrativa de su generación, en la que sobresalió a partir de *Hijo de ladrón* (1951), novela autobiográfica que le supuso el lanzamiento definitivo a la fama y al reconocimiento literario, tanto por parte de la crítica como del público en general. Se ha destacado la eficacia de su lenguaje sencillo, claro, motivador, apasionado pero también frío, y la densidad de sus ambientes oscuros de los arrabales, focos de pobreza donde se entrecruzan el alcohol y el sexo, los prejuicios y la solidaridad. Abundan en sus novelas los desheredados de la fortuna, los pequeños delincuentes y demás habitantes de los barrios pobres y marginales, retratados sin truculencia ni compasión.

Su actividad como novelista se inicia con la obra *Lanchas en la bahía* (1932), centrada en la vida de un joven despedido de su trabajo y en las relaciones que sostiene con un amigo y una prostituta. A esta ópera prima le siguieron cuatro novelas protagonizadas por una suerte de heterónimo del autor, Aniceto Hevia: *Hijo de ladrón* (considerada su trabajo más típico y logrado, 1951), *Mejor que el vino* (1958), *Sombras contra el muro* (1964) y *La oscura vida radiante* (1971). Otras novelas del autor son *La ciudad de los Césares* (1936) y *Punta de rieles* (1960). Publicó también recopilaciones de cuentos, como *Hombres del Sur* (1926), *El delincuente* (1929) y *El bonete maulino* (1943), e incursionó en la lírica con volúmenes como *Poéticas* (1921) y *Tonada del transeúnte* (1927).